

EL CASCANUECES Y EL REY DE LOS RATONES

de E. T. A. Hoffmann



Publicado por [Libros Gratis Online](#).
Visita el sitio para [Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica](#), libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una
[Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos](#).

[El cascanueces y el rey de los ratones](#) de E.
T. A. Hoffmann

EL CASCANUECES Y EL REY DE LOS RATONES

CAPÍTULO 1

NOCHEBUENA

El veinticuatro de diciembre, a los hijos del Consejero Médico Stahlbaum no se les permitió en absoluto, durante todo el día, entrar en la sala de estar, y mucho menos en el salón de gala contiguo. Acurrucados en un rincón del cuarto trasero, Fritz y Marie estaban sentados mientras caía el profundo crepúsculo de la tarde, y comenzaron a sentir cierto miedo cuando, como solía ocurrir ese día, no trajeron ninguna luz. Fritz, susurrando muy en secreto, le reveló a su hermana menor (que acababa de cumplir siete años) cómo desde temprano por la mañana había escuchado ruidos, tintineos y suaves golpes en las habitaciones cerradas. También había visto

hacía poco a un hombre pequeño y oscuro con una gran caja bajo el brazo deslizarse por el pasillo, y sabía muy bien que no era otro que el padrino Drosselmeier. Entonces Marie juntó sus manitas de alegría y exclamó:

—¡Ay, qué cosas bonitas habrá hecho para nosotros el padrino Drosselmeier!

El Consejero del Tribunal Superior Drosselmeier no era en absoluto un hombre apuesto; era pequeño y delgado, tenía muchas arrugas en la cara, un gran parche negro en lugar del ojo derecho y tampoco tenía pelo, por lo que llevaba una peluca blanca muy hermosa, que sin embargo era de vidrio y una pieza de trabajo artificial. En general, el padrino era un hombre muy ingenioso, que incluso entendía de relojes y sabía fabricarlos él mismo. Por eso, cuando uno de los hermosos relojes en la casa de los Stahlbaum estaba enfermo y no podía cantar, venía el padrino Drosselmeier, se quitaba la peluca de vidrio, se sacaba su levita amarilla, se ataba un delantal azul y pinchaba con instrumentos puntiagudos dentro del reloj, de tal modo que a la pequeña Marie le dolía de verdad; pero esto no le causaba ningún daño al reloj, sino que, por el contrario, volvía a cobrar vida y comenzaba enseguida a ronronear, dar las horas y cantar muy alegremente, con lo cual todos se alegraban mucho. Siempre que venía, llevaba algo bonito para los niños en el bolsillo: ora un hombrecillo que ponía los ojos en blanco y hacía reverencias, lo cual era cómico de ver; ora una cajita de la que salía un pajarito saltando; ora alguna otra cosa. Pero para Navidad, siempre había fabricado una hermosa obra mecánica que le había costado mucho esfuerzo, por lo cual, después de ser regalada, era guardada muy cuidadosamente por los padres.

—¡Ay, qué cosas bonitas habrá hecho para nosotros el padrino Drosselmeier! —exclamó ahora Marie.

Fritz, sin embargo, opinaba que esta vez no podía ser otra cosa que una fortaleza, en la que todo tipo de soldados muy bonitos marchaban de arriba abajo y hacían ejercicios, y luego debían venir otros soldados que querían entrar en la fortaleza, pero entonces los

soldados desde dentro disparaban valientemente hacia fuera con cañones, de modo que retumbaba y tronaba considerablemente.

—No, no —interrumpió Marie a Fritz—, el padrino Drosselmeier me ha contado de un hermoso jardín, en el que hay un gran lago, sobre el cual nadan cisnes muy maravillosos con collares dorados y cantan las canciones más bonitas. Luego viene una niña pequeña del jardín al lago y llama a los cisnes, y los alimenta con dulce mazapán.

—Los cisnes no comen mazapán —intervino Fritz con algo de brusquedad—, y el padrino Drosselmeier tampoco puede hacer un jardín entero. En realidad, tenemos poco de sus juguetes; siempre nos lo quitan todo enseguida, así que prefiero mucho más lo que nos regalan papá y mamá, pues lo conservamos nosotros y podemos hacer con ello lo que queramos.

Entonces los niños se pusieron a adivinar qué podría haber esta vez. Marie opinaba que la señorita Trutchen (su muñeca grande) estaba cambiando mucho, pues, más torpe que nunca, se caía a cada momento al suelo, lo cual no ocurría sin dejar feas marcas en su cara, y que ya no había que pensar en la limpieza de su ropa. Todos los regaños no servían de nada. También mamá había sonreído cuando ella se alegró tanto por la pequeña sombrilla de Gretchen. Fritz, por su parte, aseguró que a su caballeriza le faltaba un buen caballo alazán, así como a sus tropas les faltaba caballería por completo, cosa que a papá le constaba muy bien.

Así sabían los niños que sus padres les habían comprado todo tipo de hermosos regalos que ahora estaban colocando; pero también tenían la certeza de que el bondadoso Niño Jesús los miraba con ojos infantiles, amables y piadosos, y que, como tocado por una mano bendita, cada regalo de Navidad proporcionaba una alegría maravillosa como ninguna otra. A esto les recordó su hermana mayor, Luise, a los niños, que no cesaban de susurrar sobre los regalos esperados, añadiendo que era el Niño Jesús quien, a través de la mano de los queridos padres, siempre regalaba a los niños aquello que podía darles verdadera alegría y placer; que él lo sabía mucho mejor que los propios niños, quienes por tanto no debían

desear y esperar todo tipo de cosas, sino aguardar tranquilos y piadosos lo que se les regalara. La pequeña Marie se quedó muy pensativa, pero Fritz murmuró para sus adentros:

—De todos modos, me gustaría un alazán y húsares.

Se había oscurecido por completo. Fritz y Marie, sentados muy juntos, no se atrevían a decir una palabra más; les parecía como si algo susurrara con alas suaves a su alrededor y como si se dejara oír una música muy lejana, pero muy hermosa. Un resplandor claro rozó la pared; entonces supieron los niños que el Niño Jesús había volado sobre nubes brillantes hacia otros niños felices. En ese momento sonó un tono argentino: «¡Tilín, tilín!», las puertas se abrieron de par en par y tal resplandor irradió desde la gran habitación, que los niños se quedaron parados en el umbral como petrificados con un fuerte grito: «¡Ah! ¡Ah!». Pero papá y mamá se acercaron a la puerta, tomaron a los niños de la mano y dijeron:

—Venid, venid, queridos niños, y ved lo que el Niño Jesús os ha regalado.

CAPÍTULO 2

LOS REGALOS

Me dirijo a ti mismo, muy benévolo lector u oyente, Fritz, Theodor, Ernst, o como quiera que te llames, y te pido que te representes muy vivamente ante tus ojos tu última mesa de Navidad, ricamente adornada con hermosos y coloridos regalos; entonces podrás imaginarte también cómo los niños se quedaron parados, completamente mudos, con ojos brillantes, y cómo solo después de un rato Marie exclamó con un profundo suspiro: «¡Ah, qué bonito! ¡Ah, qué bonito!», y Fritz intentó dar algunos saltos de alegría, que le salieron muy bien. Pero los niños debían haber sido especialmente buenos y piadosos durante todo el año, pues nunca se les habían regalado tantas cosas hermosas y maravillosas como esta vez. El gran abeto en el centro llevaba muchas manzanas de oro y plata, y como capullos y flores brotaban de todas las ramas almendras azucaradas y bombones de colores y todo lo que hay de dulces hermosos. Pero como lo más hermoso en el árbol maravilloso debía ser elogiado el hecho de que en sus oscuras ramas centelleaban cien pequeñas luces como estrellitas, y él mismo, iluminando hacia

dentro y hacia fuera, invitaba amablemente a los niños a recoger sus flores y frutos.

Alrededor del árbol todo brillaba muy colorido y magnífico; ¡cuántas cosas hermosas había allí! ¡Sí, quién sería capaz de describirlo! Marie vio las muñecas más delicadas, todo tipo de pequeños utensilios pulcros y, lo que sobre todo era hermoso de ver, un vestidito de seda adornado con cintas de colores colgaba de un perchero ante los ojos de la pequeña Marie de tal manera que podía contemplarlo desde todos los lados, y eso hizo ella, exclamando una y otra vez:

—¡Ah, qué bonito, ah, qué querido, querido vestidito! ¡Y se me permitirá —seguro que sí—, se me permitirá ponérmelo de verdad!

Fritz, mientras tanto, ya había probado tres o cuatro veces, galopando y trotando alrededor de la mesa, el nuevo alazán que, de hecho, había encontrado embridado junto a la mesa. Al desmontar de nuevo, opinó que era una bestia salvaje, pero que eso no importaba, que ya lo domaría, y pasó revista al nuevo escuadrón de húsares, que estaban vestidos muy magníficamente de rojo y oro, llevaban armas de pura plata y montaban caballos tan blancos y brillantes que casi se habría de creer que también estos eran de plata pura.

Justo querían los niños, algo más tranquilos, abalanzarse sobre los libros de imágenes que estaban abiertos, para poder mirar enseguida todo tipo de flores muy hermosas y personas coloridas, e incluso niños jugando encantadores, pintados tan al natural como si vivieran y hablaran de verdad. Sí, justo querían los niños abalanzarse sobre estos libros maravillosos, cuando sonó la campanilla una vez más. Sabían que ahora el padrino Drosselmeier entregaría sus regalos, y corrieron hacia la mesa que estaba junto a la pared. Rápidamente se retiró el biombo tras el cual había estado escondido tanto tiempo. ¿Qué vieron entonces los niños? Sobre un prado verde adornado con flores de colores se alzaba un castillo muy magnífico con muchas ventanas de espejo y torres doradas. Se dejó oír un carillón, se abrieron puertas y ventanas, y se vio cómo

caballeros y damas muy pequeños pero delicados, con sombreros de plumas y largos vestidos de cola, paseaban por los salones. En el salón central, que parecía estar todo en fuego —tantas lucecitas ardían en candelabros de plata—, bailaban niños con jubones cortos y faldas al son del carillón. Un señor con un manto esmeralda miraba a menudo por una ventana, hacía señas hacia fuera y desaparecía de nuevo, así como el propio padrino Drosselmeier, aunque apenas mucho más alto que el pulgar de papá, a veces se paraba abajo en la puerta del castillo y volvía a entrar.

Fritz había mirado con los brazos apoyados en la mesa el hermoso castillo y las figuritas que bailaban y paseaban; luego dijo:

—¡Padrino Drosselmeier! ¡Déjame entrar en tu castillo!

El Consejero del Tribunal Superior le indicó que eso no era posible en absoluto. Y tenía razón, pues era tonto por parte de Fritz querer entrar en un castillo que, con todas sus torres doradas, no era tan alto como él mismo. Fritz también lo reconoció. Después de un rato, como los caballeros y damas seguían paseando de la misma manera, los niños bailaban, el hombre esmeralda miraba por la misma ventana y el padrino Drosselmeier salía a la puerta, Fritz exclamó impaciente:

—Padrino Drosselmeier, sal ahora por la otra puerta de allá enfrente.

—Eso no se puede, querido Fritzchen —respondió el Consejero.

—Bueno, entonces deja —continuó Fritz—, deja que el hombre verde que se asoma tanto pasee con los otros.

—Eso tampoco se puede —respondió de nuevo el Consejero.

—Entonces que bajen los niños —exclamó Fritz—, quiero verlos más de cerca.

—¡Eh, nada de eso se puede! —dijo el Consejero malhumorado—. Como el mecanismo está hecho de una vez, así debe quedarse.

—¿Ah, sí? —preguntó Fritz con tono arrastrado—. ¿Nada de eso se puede? Escucha, padrino Drosselmeier, si tus cositas arregladas en el castillo no saben hacer más que siempre lo mismo, no valen mucho, y no me importan especialmente. No, prefiero mis húsares, que deben maniobrar hacia adelante, hacia atrás, como yo quiero, y no están encerrados en ninguna casa.

Y con eso saltó hacia la mesa de Navidad y dejó que su escuadrón trotara, girara, cargara y disparara sobre los caballos de plata a su antojo. También Marie se había escabullido suavemente, pues también ella se cansó pronto del ir y venir y del baile de los muñequitos en el castillo, pero como era muy buena y educada, no quiso dejarlo notar tanto como su hermano Fritz. El Consejero Drosselmeier dijo bastante malhumorado a los padres:

—Para niños incomprensivos no es una obra tan ingeniosa; mejor vuelvo a empaquetar mi castillo.

Pero la madre se acercó y pidió que le mostraran la construcción interna y el maravilloso y muy ingenioso engranaje mediante el cual se ponían en movimiento los pequeños muñequitos. El Consejero desmontó todo y lo volvió a armar. Con ello se puso de nuevo muy alegre y regaló a los niños además algunos hermosos hombres y mujeres marrones con caras, manos y piernas doradas. Eran todos de Thorn y olían tan dulce y agradable como el pan de especias, con lo cual Fritz y Marie se alegraron mucho. La hermana Luise se había puesto, como quería la madre, el hermoso vestido que le habían regalado y se veía maravillosamente guapa, pero Marie opinó, cuando ella también debía ponerse su vestido, que prefería mirarlo un poco más así. Se lo permitieron con gusto.

CAPÍTULO 3

EL PROTEGIDO

En realidad, Marie no quería separarse de la mesa de Navidad porque acababa de descubrir algo que aún no había notado. Debido a la salida de los húsares de Fritz, que habían estado formados en parada cerca del árbol, se había hecho visible un hombrecillo muy excelente, que estaba allí de pie, quieto y modesto, como si esperara tranquilamente a que le llegara su turno. Ciertamente, habría mucho que objetar contra su figura, pues aparte de que el torso algo largo y fuerte no quería encajar bien con las piernitas cortas y delgadas, la cabeza también parecía demasiado grande con mucho. Muchas cosas las compensaba la ropa pulcra, que dejaba inferir que se trataba de un hombre de gusto y educación. Llevaba, a saber, una chaqueta de húsar muy hermosa de color violeta brillante con muchos cordones y botones blancos, pantalones iguales y las botas más hermosas que jamás hayan llegado a los pies de un estudiante, o incluso de un oficial. Se ajustaban a las delicadas piernitas tan ceñidas como si estuvieran pintadas sobre ellas. Era cómico, sin embargo, que para esta vestimenta se hubiera colgado a la espalda un manto estrecho y torpe que parecía de madera y se hubiera

puesto una gorra de minero; no obstante, Marie pensó en que el padrino Drosselmeier también se ponía una bata muy mala y una gorra fatal, y sin embargo era un padrino muy querido. También hizo Marie la reflexión de que el padrino Drosselmeier, aunque se vistiera por lo demás tan elegantemente como el pequeño, ni siquiera llegaría a verse tan guapo como él.

A medida que Marie miraba más y más al apuesto hombre, a quien había tomado cariño a primera vista, se daba cuenta de la bondad que había en su rostro. De los ojos verde claro, algo demasiado grandes y saltones, no hablaba más que amistad y benevolencia. Le quedaba bien al hombre que una barba bien rizada de algodón blanco rodeara su barbilla, pues así se podía notar tanto más la dulce sonrisa de su boca de color rojo intenso.

—¡Ah! —exclamó Marie finalmente—. ¡Ah, querido padre, a quién pertenece el hombrecillo encantador que está allí junto al árbol?

—Ese —respondió el padre—, iese, querida hija, trabajará duro para todos vosotros; él os partirá finamente las nueces duras, y pertenece tanto a Luise como a ti y a Fritz!

Con esto, el padre lo tomó con cuidado de la mesa y, al levantar el manto de madera, el hombrecillo abrió la boca muy, muy grande y mostró dos filas de dienteccillos muy blancos y afilados. Marie metió una nuez por orden del padre y —crac— el hombre la había partido, de modo que las cáscaras cayeron y Marie obtuvo el dulce núcleo en la mano. Ahora todos, y también Marie, debían saber que el delicado hombrecillo descendía del linaje de los Cascanueces y ejercía la profesión de sus antepasados. Ella gritó de alegría, y entonces habló el padre:

—Puesto que a ti, querida Marie, te gusta tanto el amigo Cascanueces, tú deberás cuidarlo y protegerlo especialmente, a pesar de que, como he dicho, Luise y Fritz pueden usarlo con el mismo derecho que tú.

Marie lo tomó enseguida en brazos y le hizo partir nueces, pero eligió las más pequeñas para que el hombrecillo no tuviera que abrir

tanto la boca, lo cual en el fondo no le sentaba bien. Luise se unió a ella, y también para ella tuvo el amigo Cascanueces que realizar sus servicios, lo cual parecía hacer con gusto, ya que sonreía muy amablemente todo el tiempo.

Fritz, mientras tanto, se había cansado de tanto hacer ejercicios y montar a caballo, y al oír partir nueces tan alegremente, saltó hacia las hermanas y se rio de todo corazón del pequeño y gracioso hombre, que ahora, como Fritz también quería comer nueces, pasaba de mano en mano y no podía dejar de abrir y cerrar la boca. Fritz metía siempre las nueces más grandes y duras, pero de repente sonó un crac-crac, y tres dientecillos se cayeron de la boca del Cascanueces, y toda su mandíbula inferior quedó suelta y tambaleante.

—¡Ah, mi pobre y querido Cascanueces! —gritó Marie en voz alta, y se lo quitó a Fritz de las manos.

—Es un tipo simple y tonto —dijo Fritz—. Quiere ser Cascanueces y no tiene una dentadura decente; probablemente ni siquiera entiende su oficio. Dámelo, Marie. Debe partirme nueces, aunque pierda también los dientes restantes e incluso toda la barbilla; qué importa ese inútil.

—No, no —exclamó Marie llorando—, no te lo daré, a mi querido Cascanueces; imira cómo me mira tan tristemente y me muestra su boquita herida! Pero tú eres una persona de corazón duro: pegas a tus caballos y hasta dejas que maten a un soldado a tiros.

—Eso tiene que ser así, tú no lo entiendes —exclamó Fritz—; pero el Cascanueces me pertenece tanto a mí como a ti, dámelo.

Marie empezó a llorar violentamente y envolvió rápidamente al Cascanueces enfermo en su pequeño pañuelo. Los padres se acercaron con el padrino Drosselmeier. Este tomó partido por Fritz, para pesar de Marie. Pero el padre dijo:

—He puesto al Cascanueces expresamente bajo la protección de Marie, y como veo que él lo necesita precisamente ahora, ella tiene pleno poder sobre él, sin que nadie tenga que intervenir. Por cierto,

me extraña mucho de Fritz que exija más servicios de alguien herido en acto de servicio. Como buen militar, ¿debería saber que nunca se pone a los heridos en fila?

Fritz estaba muy avergonzado y se escabulló, sin preocuparse más por las nueces y el Cascanueces, hacia el otro lado de la mesa, donde sus húsares, después de haber colocado los puestos de guardia correspondientes, se habían retirado a sus cuarteles nocturnos. Marie buscó los dientecillos perdidos del Cascanueces; alrededor de la barbilla enferma ató una bonita cinta blanca que había soltado de su vestido, y luego envolvió al pobre pequeño, que se veía muy pálido y asustado, aún más cuidadosamente que antes en su pañuelo. Así lo sostuvo en brazos meciéndolo como a un niño pequeño, y miró las hermosas imágenes del nuevo libro que hoy se encontraba entre los muchos otros regalos. Se puso muy enfadada, cosa que no era en absoluto su costumbre, cuando el padrino Drosselmeier se rio tanto y preguntó una y otra vez: «¿Cómo puedes hacerle tantos mimos a un tipo tan fundamentalmente feo?». Aquella extraña comparación con Drosselmeier que ella había hecho cuando el pequeño le llamó la atención por primera vez, le vino de nuevo a la mente, y dijo muy seria:

—Quién sabe, querido padrino, si tú, aunque te arreglaras tanto como mi querido Cascanueces y llevaras puestas unas botas tan bonitas y brillantes, quién sabe si tú te verías tan guapo como él.

Marie no sabía en absoluto por qué los padres se rieron tan fuerte y por qué el Consejero del Tribunal Superior se le puso la nariz tan roja y no se rio tan claramente como antes. Probablemente tendría su causa particular.

CAPÍTULO 4

PRODIGIOS

En la sala de estar del Consejero Médico, al entrar por la puerta, justo a la izquierda en la pared ancha, hay un armario de cristal alto, en el que los niños guardan todas las cosas bonitas que se les regalan cada año. Luise era todavía muy pequeña cuando el padre mandó hacer el armario a un carpintero muy hábil, que puso cristales tan claros como el cielo y supo organizar todo el conjunto con tanta destreza que todo lo que había dentro lucía casi más brillante y bonito que cuando se tenía en las manos. En el estante superior, inalcanzable para Marie y Fritz, estaban las obras de arte del padrino Drosselmeier; justo debajo estaba el estante para los libros de imágenes; los dos estantes inferiores podían llenarlos Marie y Fritz como quisieran, sin embargo, siempre ocurría que Marie destinaba el estante inferior como vivienda para sus muñecas, mientras que Fritz dejaba que sus tropas ocuparan los cuarteles de acantonamiento en el estante superior.

Así había ocurrido también hoy, pues mientras Fritz colocaba sus húsares arriba, Marie había dejado a un lado a la señorita Trutchen

abajo, había colocado a la nueva muñeca bellamente vestida en la habitación muy bien amueblada y se había invitado a sí misma a comer dulces con ella. La habitación estaba muy bien amueblada, he dicho, y eso también es verdad, pues no sé si tú, mi atenta oyente Marie, al igual que la pequeña Stahlbaum (ya sabes que ella también se llama Marie), ¡sí!, quiero decir, si tú, al igual que ella, posees un pequeño sofá con hermosas flores, varias sillitas encantadoras, una mesita de té graciosa y, sobre todo, una camita muy pulcra y brillante donde descansan las muñecas más hermosas. Todo esto estaba en la esquina del armario, cuyas paredes aquí incluso estaban empapeladas con pequeñas imágenes de colores, y podrás imaginarte que en esta habitación la nueva muñeca, que, como Marie supo esa misma noche, se llamaba Mamsell Clärchen, debía sentirse muy bien.

Se había hecho tarde por la noche, ya se acercaba la medianoche, y el padrino Drosselmeier se había ido hacía tiempo, cuando los niños todavía no podían apartarse del armario de cristal, por mucho que la madre les advirtiera que debían irse finalmente a la cama.

—Es verdad —exclamó finalmente Fritz—, los pobres tipos (refiriéndose a sus húsares) también quieren tener descanso ahora, y mientras yo esté aquí, ninguno se atreve a dar una cabezada, ¡eso ya lo sé!

Con esto se marchó; pero Marie rogó mucho:

—Solo un ratito más, solo un único y pequeño ratito déjame aquí, querida madre, pues tengo muchas cosas que atender, y una vez hecho eso, ¡me iré enseguida a la cama!

Marie era una niña muy piadosa y sensata, y así la buena madre podía dejarla sola con los juguetes sin preocupaciones. Pero para que Marie no se sintiera demasiado tentada por la nueva muñeca y los hermosos juguetes en general y olvidara las velas que ardían alrededor del armario, la madre las apagó todas, de modo que solo la lámpara que colgaba del techo en el centro de la habitación esparcía una luz suave y agradable.

—¡Ven pronto, querida Marie! Si no, mañana no podrás levantarte a tiempo —exclamó la madre mientras se retiraba al dormitorio.

Tan pronto como Marie se encontró sola, procedió rápidamente a hacer lo que le pesaba en el corazón y lo que, sin embargo, no sabía por qué, no había podido revelar a su madre. Todavía había llevado al Cascanueces enfermo envuelto en su pañuelo en el brazo. Ahora lo puso con cuidado sobre la mesa, desenvolvió el pañuelo suave, suavemente, y revisó las heridas. El Cascanueces estaba muy pálido, pero sonreía con una amistad tan melancólica que a Marie le llegó al corazón.

—Ay, Cascanueces —dijo muy bajito—, no te enfades porque el hermano Fritz te haya hecho tanto daño; él tampoco lo hizo con mala intención, solo se ha vuelto un poco duro de corazón por la vida salvaje de soldado, pero por lo demás es un chico muy bueno, te lo puedo asegurar. Pero ahora yo te cuidaré muy esmeradamente hasta que estés de nuevo completamente sano y alegre; ponerte firmes tus dientecillos y encajarte los hombros, eso lo hará el padrino Drosselmeier, que entiende de esas cosas.

Pero Marie no pudo terminar de hablar, pues al nombrar el nombre de Drosselmeier, el amigo Cascanueces puso una cara torcida totalmente maldita, y de sus ojos salieron como rayos verdes centelleantes. Pero en el momento en que Marie quiso asustarse de verdad, era de nuevo la cara sonriente y melancólica del honesto Cascanueces la que la miraba, y supo entonces que el rayo de la lámpara, que llameaba rápidamente al ser tocado por la corriente de aire en la habitación, había desfigurado así el rostro del Cascanueces.

«¿No soy una niña tonta por asustarme tan fácilmente, hasta el punto de creer que el muñeco de madera podría hacerme muecas? Pero quiero demasiado al Cascanueces porque es tan cómico y sin embargo tan bondadoso, y por eso debe ser cuidado como corresponde».

Con esto, Marie tomó al amigo Cascanueces en brazos, se acercó al armario de cristal, se agachó ante él y habló así a la nueva muñeca:

—Te pido encarecidamente, Mamsell Clärchen, cede tu camita al Cascanueces enfermo y herido, y arréglate tan bien como puedas con el sofá. Piensa que estás muy sana y tienes fuerzas, pues si no, no tendrías esas mejillas gruesas y rojo oscuro, y que muy pocas de las muñecas más hermosas poseen sofás tan blandos.

Mamsell Clärchen, con todo su brillante atuendo navideño, tenía un aspecto muy distinguido y malhumorado, y no dijo ni pío.

—Pero por qué hago tantos cumplidos —dijo Marie; sacó la cama, puso al Cascanueces dentro muy suave y delicadamente, le envolvió alrededor de los hombros heridos una cinta muy bonita que ella solía llevar en la cintura y lo cubrió hasta debajo de la nariz.

—Pero no puede quedarse con la desagradable Cläre —continuó hablando—, y levantó la camita con el Cascanueces dentro hacia el estante superior, de modo que quedó justo al lado del hermoso pueblo donde acantonaban los húsares de Fritz.

Cerró el armario y quiso ir al dormitorio, cuando... ¡escuchad, niños!... empezó a susurrar y a cuchichear y a crujir suave, suavemente alrededor, detrás de la estufa, detrás de las sillas, detrás de los armarios. El reloj de pared ronroneaba entretanto más y más fuerte, pero no podía dar las horas. Marie miró hacia allí; el gran búho dorado que estaba encima había bajado sus alas de modo que cubrían todo el reloj y había estirado hacia adelante la fea cabeza de gato con el pico curvo. Y ronroneaba más fuerte con palabras inteligibles:

—Reloj, reloj, relojes, tenéis que ronronear bajito, ronronear bajito. El Rey de los Ratones tiene un oído fino... purr purr... pum pum... cantadle solo, cantadle la vieja cancioncita... purr purr... pum pum... toca campanita, toca, pronto acabarán con él.

¡Y pum, pum, sonó doce veces muy sordo y ronco!

Marie empezó a sentir mucho miedo, y aterrorizada casi habría salido corriendo, cuando vio al padrino Drosselmeier, que estaba sentado en el reloj de pared en lugar del búho y había colgado los faldones de su levita amarilla a ambos lados como alas; pero ella se armó de valor y gritó fuerte y llorosa:

—Padrino Drosselmeier, padrino Drosselmeier, ¿qué haces ahí arriba? ¡Baja a donde estoy yo y no me asustes así, malvado padrino Drosselmeier!

Pero entonces se desató una risita loca y silbidos por todas partes, y pronto trotaba y corría detrás de las paredes como con mil piececitos, y mil lucecitas miraban desde las grietas del suelo. ¡Pero no eran lucecitas, no! Eran pequeños ojos centelleantes, y Marie se dio cuenta de que por todas partes se asomaban ratones y se abrían paso. Pronto hubo un trote-trote, hop-hop por la habitación; grupos de ratones cada vez más claros y densos galopaban de un lado a otro y finalmente se formaron en fila, tal como Fritz solía colocar a sus soldados cuando iban a la batalla. Esto le pareció a Marie muy gracioso, y como no tenía, como otros niños, una repulsión natural hacia los ratones, todo el horror estaba a punto de pasársele, cuando de repente empezó a silbar de forma tan espantosa y cortante que le corrió un frío helado por la espalda.

¡Ah, qué vio ella ahora! No, de verdad, honorable lector Fritz, sé que, al igual que al sabio y valiente general Fritz Stahlbaum, tienes el corazón en el lugar correcto, pero si hubieras visto lo que se le apareció ahora a Marie, de verdad habrías salido corriendo; creo incluso que habrías saltado rápidamente a la cama y te habrías tapado con la manta mucho más arriba de las orejas de lo necesario. ¡Ah! Eso ni siquiera pudo hacerlo la pobre Marie, pues, ¡escuchad niños!, justo, justo delante de sus pies brotó, como impulsado por una fuerza subterránea, arena y cal y ladrillos desmoronados, y siete cabezas de ratón con siete coronas brillantemente centelleantes se elevaron silbando y bufando muy horriblemente del suelo. Pronto también el cuerpo del ratón, a cuyo cuello estaban adheridas las siete cabezas, salió completamente, y al gran ratón adornado con

siete diademas lo aclamó con chillidos agudos tres veces en coro completo todo el ejército, que se puso de repente en movimiento y, ¡arre, arre!, trote, trote, se dirigió... ¡ay, directamente hacia el armario, directamente hacia Marie!, que todavía estaba parada junto a la puerta de cristal del armario.

De miedo y horror, el corazón de Marie ya le había latido tanto que creía que saltaría del pecho enseguida y entonces tendría que morir; pero ahora sentía como si la sangre se le detuviera en las venas. Medio desmayada, retrocedió tambaleándose; entonces sonó un clin-clin-prr y el cristal del armario cayó hecho añicos, pues ella lo había golpeado con el codo. Sintió en ese momento un dolor bastante punzante en el brazo izquierdo, pero de repente también se sintió mucho más aliviada del corazón; ya no oía chillidos ni silbidos, todo se había quedado muy quieto y, aunque no quería mirar, creía sin embargo que los ratones, asustados por el tintineo del cristal, se habían retirado de nuevo a sus agujeros.

Pero, ¿qué era eso de nuevo? Justo detrás de Marie empezó a haber un rumor extraño en el armario y vocecitas muy finas comenzaron:

—Despertad, despertad, a la batalla, esta misma noche, despertad, a la batalla.

¡Y al mismo tiempo tintineaban campanillas armónicas muy bonitas y agradables!

—Ah, es mi pequeño carillón —exclamó Marie alegremente, y saltó rápidamente a un lado.

Entonces vio cómo en el armario brillaba y se ajetreaba y maniobraba de forma muy extraña. Eran varias muñecas que corrían unas entre otras y esgrimían los pequeños brazos. De repente se levantó el Cascanueces, arrojó la manta lejos de sí y saltó con ambos pies a la vez fuera de la cama, mientras gritaba fuerte:

—Crac, crac, crac, estúpida chusma de ratones, estúpida y loca charla, chusma de ratones, crac, crac, chusma de ratones, crick y crac, verdadera charla.

Y con eso desenvainó su pequeña espada, la blandió en el aire y gritó:

—Vosotros, mis queridos vasallos, amigos y hermanos, ¿queréis asistirme en la dura lucha?

Inmediatamente gritaron con fuerza tres Scaramouches, un Pantalón, cuatro deshollinadores, dos músicos de cítara y un tambor:

—¡Sí, Señor! ¡Nos adherimos a Vos con lealtad inquebrantable! ¡Con Vos marchamos a la muerte, la victoria y la lucha!

Y se precipitaron tras el entusiasmado Cascanueces, que se atrevió al peligroso salto desde el estante superior. ¡Sí! Aquellos podían precipitarse bien, pues no solo llevaban ricos vestidos de paño y seda, sino que por dentro del cuerpo tampoco había mucho más que algodón y paja picada, por lo que cayeron abajo como saquitos de lana. Pero el pobre Cascanueces ciertamente se habría roto brazos y piernas, pues, imaginad, había casi dos pies de altura desde el estante donde estaba hasta el más bajo, y su cuerpo era tan frágil como si estuviera tallado directamente en madera de tilo. Sí, el Cascanueces ciertamente se habría roto brazos y piernas si, en el momento en que saltó, no hubiera saltado también Mamsell Clärchen rápidamente del sofá y hubiera recibido al héroe con la espada desenvainada en sus suaves brazos.

—¡Ah, querida y buena Clärchen! —sollozó Marie—. ¡Cómo te he juzgado mal! ¡Seguro que cediste tu camita al amigo Cascanueces con mucho gusto!

Pero Mamsell Clärchen habló ahora, mientras estrechaba suavemente al joven héroe contra su pecho de seda:

—¡Queráis Vos, oh Señor, enfermo y herido como estáis, no entregaros a la lucha y al peligro! Ved cómo vuestros valientes vasallos se reúnen ansiosos de combate y seguros de la victoria. Scaramouch, Pantalón, los deshollinadores, los músicos y el tambor ya están abajo, y las figuras de las divisas en mi estante se mueven y agitan notablemente. ¡Quered, oh Señor, descansar en mis brazos, o contemplar vuestra victoria desde mi sombrero de plumas!

Así habló Clärchen, pero el Cascanueces se comportó muy indócil y pateó tanto con las piernas que Clärchen tuvo que dejarlo rápidamente en el suelo. En ese momento, sin embargo, se arrodilló muy cortésmente sobre una rodilla y susurró:

—¡Oh, Dama! ¡Siempre recordaré vuestra gracia y favor demostrados hacia mí en la lucha y el combate!

Entonces se inclinó Clärchen tan profundamente que pudo agarrarlo por el bracito, lo levantó suavemente, se desató rápidamente su cinturón adornado con muchas lentejuelas y quiso colgárselo al pequeño, pero este retrocedió dos pasos, se puso la mano en el pecho y dijo muy solemnemente:

—No queráis así, oh Dama, desperdiciar vuestro favor en mí, pues... —se detuvo, suspiró profundamente, arrancó luego rápidamente la cinta con la que Marie lo había vendado de sus hombros, la presionó contra sus labios, se la colgó como una banda de campaña y saltó, blandiendo valientemente la pequeña espada brillante, rápida y ágilmente como un pajarito sobre el borde del armario al suelo.

Notaréis bien, muy benévolos y excelentes oyentes, que el Cascanueces, ya antes de cobrar vida realmente, sentía muy claramente todo el amor y la bondad que Marie le mostraba, y que solo por eso, porque quería tanto a Marie, no quiso aceptar ni llevar siquiera una cinta de Mamsell Clärchen, a pesar de que brillaba mucho y se veía muy bonita. El fiel y buen Cascanueces prefirió adornarse con la sencilla cinta de Marie. Pero, ¿qué pasará ahora? Tan pronto como el Cascanueces salta abajo, empieza de nuevo el chillido y el pío. ¡Ah! Debajo de la gran mesa están las fatales hordas de innumerables ratones y sobre todos sobresale el abominable ratón de las siete cabezas. ¡Qué pasará ahora!

CAPÍTULO 5

LA BATALLA

—¡Tocad la marcha general, fiel vasallo tambor! —gritó el Cascanueces muy fuerte, e inmediatamente el tambor empezó a redoblar de la manera más ingeniosa, de modo que los cristales del armario temblaban y retumbaban.

Ahora crujía y traqueteaba dentro, y Marie se dio cuenta de que las tapas de todas las cajas donde estaba acuartelado el ejército de Fritz se abrían con violencia y los soldados saltaban fuera y abajo al estante inferior, donde se reunían en brillantes escuadrones. El Cascanueces corría de arriba abajo, dirigiendo palabras entusiastas a las tropas:

—Ningún perro de trompetista se mueve ni se agita —gritó el Cascanueces enfurecido, pero luego se volvió rápidamente hacia Pantalón, que se había puesto algo pálido y le temblaba mucho la larga barbilla, y dijo solemnemente—: General, conozco su valor y su experiencia; aquí se trata de una visión rápida y del aprovechamiento del momento. Le confío el mando de toda la caballería y la artillería. No necesita caballo, tiene piernas muy largas

y galopa con ellas aceptablemente. Haga ahora lo que es de su oficio.

Inmediatamente, Pantalón se llevó los largos y secos dedos a la boca y cantó tan penetrantemente que sonó como si cien trompetas claras soplaran alegremente. Entonces empezó en el armario un alboroto y un pataleo, y he aquí que los coraceros y dragones de Fritz, pero sobre todo los nuevos y brillantes húsares, salieron y pronto se detuvieron abajo en el suelo. Ahora desfilaba regimiento tras regimiento con banderas al viento y música sonando ante el Cascanueces y se colocaban en ancha fila a través del suelo de la habitación. Pero delante de ellos avanzaron los cañones de Fritz haciendo ruido, rodeados por los artilleros, y pronto sonó pum, pum, y Marie vio cómo los guisantes de azúcar impactaban en el grueso grupo de los ratones, que quedaban empolvados de blanco y se avergonzaban mucho. Especialmente les hizo mucho daño una batería pesada que había subido al taburete de mamá y pum, pum, pum, disparaba continuamente galletas de jengibre contra los ratones, con lo cual caían.

Los ratones, sin embargo, se acercaban cada vez más e incluso arrollaron algunos cañones, pero entonces sonó prr-prr, prr, y por el humo y el polvo Marie apenas podía ver lo que ocurría. Pero algo era seguro: cada cuerpo combatía con la mayor furia, y la victoria osciló largo tiempo de un lado a otro. Los ratones desplegaban masas cada vez mayores, y sus pequeñas píldoras de plata, que sabían lanzar muy hábilmente, llegaban ya hasta dentro del armario de cristal. Desesperadas, Clärchen y Trutchen corrían de un lado a otro y se retorcían las manitas.

—¡Debo morir en mi juventud más florida! ¡Yo, la más hermosa de las muñecas! —gritaba Clärchen.

—¿Para esto me he conservado tan bien, para perecer aquí entre mis cuatro paredes? —exclamaba Trutchen.

Luego se abrazaban y aullaban tanto que se podía oír a pesar del ruido loco. Pues del escándalo que se desató entonces apenas tenéis

una idea, queridos oyentes. Aquello iba prr-prr, puf, pif, schnetterdeng-schnetterdeng, bum, burum, bum-burum-bum, todo mezclado, y al mismo tiempo chillaban y gritaban el Rey de los Ratones y los ratones, y luego se oía de nuevo la poderosa voz del Cascanueces repartiendo órdenes útiles y se le veía cruzando por encima de los batallones que estaban bajo fuego.

Pantalón había hecho algunos ataques de caballería muy brillantes y se había cubierto de gloria, pero los húsares de Fritz fueron bombardeados por la artillería de los ratones con bolas feas y malolientes que hacían manchas fatales en sus jubones rojos, por lo cual no querían avanzar bien. Pantalón les hizo girar a la izquierda y, en el entusiasmo de dar órdenes, él hizo lo mismo, y sus coraceros y dragones también; es decir, todos giraron a la izquierda y se fueron a casa. Debido a esto, la batería apostada en el taburete quedó en peligro, y no tardó mucho en llegar un grueso grupo de ratones muy feos que embistió tan fuerte que todo el taburete, junto con los artilleros y los cañones, se cayó. El Cascanueces parecía muy consternado y ordenó que el ala derecha hiciera un movimiento de retirada. Tú sabes, oh mi oyente experto en guerras Fritz, que hacer tal movimiento significa casi tanto como huir, y lamentas conmigo ya ahora la desgracia que debía caer sobre el ejército del pequeño Cascanueces amado por Marie.

Sin embargo, aparta tu ojo de este desastre y contempla el ala izquierda del ejército del Cascanueces, donde todo marcha todavía muy bien y hay mucho que esperar para el general y el ejército. Durante lo más reñido del combate, masas de caballería de ratones habían desembocado suave, suavemente por debajo de la cómoda y se habían lanzado con fuertes y horribles chillidos con furia sobre el ala izquierda del ejército del Cascanueces, ¡pero qué resistencia encontraron allí! Despacio, como lo permitía la dificultad del terreno, ya que había que pasar el borde del armario, había avanzado el cuerpo de las divisas bajo el mando de dos emperadores chinos, y se había formado en cuadro. Estas valientes tropas, muy coloridas y magníficas, que constaban de muchos jardineros, tiroleeses, tunguses, peluqueros, arlequines, cupidos, leones, tigres, macacos y

monos, lucharon con compostura, valor y perseverancia. Con valentía espartana, este batallón de élite habría arrebatado la victoria al enemigo si un audaz capitán de caballería enemigo no hubiera avanzado temerariamente y arrancado la cabeza de un mordisco a uno de los emperadores chinos, y este, al caer, no hubiera matado a dos tunguses y a un macaco. A causa de esto se produjo una brecha por la que penetró el enemigo, y pronto todo el batallón fue destrozado a mordiscos. Pero poca ventaja obtuvo el enemigo de esta atrocidad. Tan pronto como un soldado de caballería ratón partía por la mitad de un mordisco sediento de sangre a uno de los valientes oponentes, se le atascaba un pequeño papel impreso en la garganta, de lo cual moría al instante.

¿Pero ayudó esto acaso al ejército del Cascanueces, que, una vez en retirada, se retiraba cada vez más y perdía cada vez más gente, de modo que el desafortunado Cascanueces solo resistía con un grupo muy pequeño justo delante del armario de cristal?

—¡Que venga la reserva! ¡Pantalón, Scaramouch, tambor, ¿dónde estáis?!

Así gritaba el Cascanueces, que aún esperaba nuevas tropas que debían desplegarse desde el armario de cristal. Llegaron realmente algunos hombres y mujeres marrones de Thorn con caras, sombreros y cascos dorados, pero luchaban tan torpemente a su alrededor que no daban a ninguno de los enemigos y pronto le habrían quitado la gorra de la cabeza a su propio general Cascanueces. Los cazadores enemigos pronto les arrancaron las piernas a mordiscos, de modo que volcaron y encima mataron a algunos de los compañeros de armas del Cascanueces.

Ahora el Cascanueces estaba densamente rodeado por el enemigo, en la mayor angustia y necesidad. Quería saltar sobre el borde del armario, pero sus piernas eran demasiado cortas. Clärchen y Trutchen yacían desmayadas, no podían ayudarle. Húsares y dragones saltaban alegremente a su lado hacia dentro. Entonces gritó en clara desesperación:

—¡Un caballo, un caballo, un reino por un caballo!

En ese momento, dos tiradores enemigos lo agarraron por el manto de madera y, chillando triunfalmente desde siete gargantas, el Rey de los Ratones se abalanzó hacia él. Marie ya no pudo contenerse:

—¡Oh, mi pobre Cascanueces, mi pobre Cascanueces! —gritó sollozando.

Sin ser claramente consciente de lo que hacía, agarró su zapato izquierdo y lo lanzó con fuerza en medio del grupo más denso de ratones, directo a su rey. En ese momento todo pareció dispersarse y desvanecerse, pero Marie sintió en el brazo izquierdo un dolor aún más punzante que antes y cayó desmayada al suelo.

CAPÍTULO 6

LA ENFERMEDAD

Cuando Marie despertó como de un profundo sueño de muerte, estaba acostada en su camita y el sol brillaba claro y centelleante a través de las ventanas cubiertas de hielo hacia dentro de la habitación. Justo a su lado estaba sentado un hombre extraño, a quien sin embargo pronto reconoció como el cirujano Wendelstern. Él dijo en voz baja:

—¡Ahora ha despertado!

Entonces se acercó la madre y la miró con miradas bastante ansiosas e inquisitivas.

—Ay, querida madre —susurró la pequeña Marie—, ¿se han ido ya todos los ratones feos y se ha salvado el buen Cascanueces?

—No digas tonterías, querida Marie —respondió la madre—, ¿qué tienen que ver los ratones con el Cascanueces? Pero tú, niña traviesa, nos has dado a todos mucho miedo y preocupación. Eso pasa cuando los niños son testarudos y no obedecen a los padres. Ayer jugaste hasta bien entrada la noche con tus muñecas. Te dio

sueño y, puede ser que un ratoncito que saltó, de los que no suele haber aquí, te asustara; en fin, golpeaste con el brazo un cristal del armario y te cortaste tanto en el brazo que el señor Wendelstern, que acaba de sacarte los trocitos de vidrio que aún estaban en las heridas, opina que, si el vidrio hubiera cortado una vena, te habría quedado el brazo rígido o incluso podrías haberte desangrado. Gracias a Dios que me desperté a medianoche y, al echarme en falta tan tarde, me levanté y fui a la sala de estar. Allí yacías justo al lado del armario, desmayada en el suelo y sangrando mucho. Casi me desmayo yo también del susto. Allí estabas, y esparcidos a tu alrededor vi muchos de los soldados de plomo de Fritz y otras muñecas, divisas rotas, hombres de pan de especias; pero el Cascanueces estaba sobre tu brazo sangrante y no lejos de ti tu zapato izquierdo.

—Ay, madrecita, madrecita —interrumpió Marie—, ¿ve usted?, esos eran los rastros de la gran batalla entre las muñecas y los ratones, y solo por eso me asusté tanto, cuando los ratones querían capturar al pobre Cascanueces, que comandaba el ejército de muñecas. Entonces lancé mi zapato a los ratones y luego no sé qué más pasó.

El cirujano Wendelstern hizo una señal a la madre con los ojos y esta habló muy suavemente a Marie:

—Déjalo estar, mi querida hija. Tranquilízate, los ratones se han ido todos y el pequeño Cascanueces está sano y alegre en el armario de cristal.

Entonces entró el Consejero Médico en la habitación y habló largo rato con el cirujano Wendelstern; luego tomó el pulso a Marie y ella oyó bien que se hablaba de una fiebre por la herida. Tuvo que quedarse en cama y tomar medicina, y así duró algunos días, aunque, aparte de algún dolor en el brazo, no se sentía precisamente enferma ni incómoda. Sabía que el pequeño Cascanueces se había salvado sano de la batalla, y a veces le parecía como en sueños que él hablaba muy claramente, aunque con voz muy melancólica: «Marie, dama carísima, a usted le debo

mucho, ipero aún más puede hacer por mí!». Marie pensaba en vano sobre qué podría ser eso, no se le ocurría en absoluto.

Marie no podía jugar bien debido al brazo herido, y si quería leer u hojear los libros de imágenes, le parpadeaba extrañamente ante los ojos y tenía que dejarlo. Así que el tiempo debía hacérsele muy largo, y apenas podía esperar el crepúsculo, porque entonces la madre se sentaba junto a su cama y le leía o contaba muchas cosas bonitas. Justo había terminado la madre la excelente historia del príncipe Fakardin, cuando se abrió la puerta y entró el padrino Drosselmeier con las palabras:

—Ahora tengo que ver realmente yo mismo cómo está la enferma y herida Marie.

Tan pronto como Marie vio al padrino Drosselmeier con su levita amarilla, le vino a los ojos muy viva la imagen de aquella noche en que el Cascanueces perdió la batalla contra los ratones, e involuntariamente le gritó fuerte al Consejero:

—Oh, padrino Drosselmeier, has sido muy feo; te vi bien cómo estabas sentado en el reloj y lo cubrías con tus alas para que no sonara fuerte, porque si no los ratones se habrían asustado. ¡Oí bien cómo llamabas al Rey de los Ratones! ¿Por qué no viniste en ayuda del Cascanueces, por qué no viniste en mi ayuda, tú, feo padrino Drosselmeier? ¿No eres tú el único culpable de que tenga que estar herida y enferma en la cama?

La madre preguntó muy asustada:

—¿Qué te pasa, querida Marie?

Pero el padrino Drosselmeier hizo muecas muy extrañas y habló con voz chirriante y monótona:

—El péndulo debía ronronear, picar, no quería comportarse. Relojes, relojes, péndulos de reloj deben ronronear, ronronear suavemente. Suenan campanas fuerte clin, clan. Hink y Honk y Honk y Hank. ¡Niña de las muñecas no tengas miedo! Suenan campanitas, ha sonado, para ahuyentar al Rey de los Ratones, viene el búho en

vuelo rápido. Pak y Pik y Pik y Puk. Campanita bim bim. Relojes, schnurr schnurr. Péndulos deben ronronear, picar, no quería comportarse. ¡Schnarr y schnurr y pirr y purr!

Marie miró fijamente al padrino Drosselmeier con grandes ojos, porque se veía muy diferente y mucho más feo que de costumbre, y agitaba el brazo derecho de un lado a otro como si fuera una marioneta tirada por hilos. Le habría podido dar verdadero miedo del padrino si la madre no hubiera estado presente, y si finalmente Fritz, que se había colado mientras tanto, no lo hubiera interrumpido con grandes carcajadas.

—Eh, padrino Drosselmeier —exclamó Fritz—, hoy estás otra vez demasiado gracioso; te comportas como mi títere que hace tiempo tiré detrás de la estufa.

La madre se mantuvo muy seria y dijo:

—Querido señor Consejero, esta es una broma muy extraña, ¿qué quiere decir en realidad?

—¡Cielos! —respondió Drosselmeier riendo—. ¿Es que ya no conocen mi bonita canción de relojero? Suelo cantarla siempre con pacientes como Marie.

Con esto se sentó rápidamente junto a la cama de Marie y dijo:

—No te enfades porque no le haya sacado los catorce ojos al Rey de los Ratones enseguida, pero no podía ser; en su lugar te quiero dar una verdadera alegría.

El Consejero metió la mano en el bolsillo con estas palabras, y lo que sacó suave, suavemente, fue el Cascanueces, a quien le había puesto muy hábilmente los dientecillos perdidos y le había encajado la mandíbula rota. Marie gritó fuerte de alegría, pero la madre dijo sonriendo:

—¿Ves ahora lo bien que se porta el padrino Drosselmeier con tu Cascanueces?

—Pero tienes que admitirlo, Marie —interrumpió el Consejero a la Consejera Médica—, tienes que admitir que el Cascanueces no ha crecido precisamente bien y que su cara no se puede llamar precisamente bonita. Cómo ha llegado tal fealdad a su familia y se ha heredado, eso te lo quiero contar, si quieres escucharlo. ¿O tal vez ya sabes la historia de la princesa Pirlipat, la bruja Mauserinks y el ingenioso relojero?

—Escucha —intervino aquí Fritz de improviso—, escucha, padrino Drosselmeier, le has puesto los dientes correctamente al Cascanueces y la mandíbula ya no está tan floja, pero ¿por qué le falta la espada? ¿Por qué no le has colgado ninguna espada?

—Eh —respondió el Consejero muy indignado—, ¡tienes que poner peros y criticar todo, chico! Qué me importa a mí la espada del Cascanueces; le he curado el cuerpo, que se consiga él mismo una espada como quiera.

—Eso es verdad —exclamó Fritz—, si es un tipo valiente, ya sabrá encontrar armas.

—Entonces, Marie —continuó el Consejero—, dime si sabes la historia de la princesa Pirlipat.

—Ah, no —respondió Marie—, ¡cuéntala, querido padrino Drosselmeier, cuéntala!

—Espero —dijo la Consejera Médica—, espero, querido señor Consejero, que su historia no sea tan espeluznante como suele ser todo lo que usted cuenta.

—En absoluto, carísima señora Consejera —respondió Drosselmeier—; al contrario, es muy gracioso lo que tendré el honor de relatar.

—Cuenta, oh, cuenta, querido padrino —exclamaron los niños.

Y el Consejero comenzó así:

CAPÍTULO 7

EL CUENTO DE LA NUEZ DURA

—La madre de Pirlipat era la esposa de un rey, por consiguiente una reina, y la propia Pirlipat, en el mismo instante en que nació, una princesa nata. El rey estaba fuera de sí de alegría por la hermosa hijita que yacía en la cuna; vitoreaba en voz alta, bailaba y giraba sobre una pierna, y gritaba una y otra vez: «¡Viva! ¿Se ha visto jamás algo más hermoso que mi Pirlipatchen?». Y todos los ministros, generales, presidentes y oficiales de estado mayor saltaban, como el padre de la patria, sobre una pierna y gritaban mucho: «¡No, jamás!». Pero tampoco se podía negar en absoluto que, desde que el mundo existe, no había nacido niña más hermosa que precisamente la princesa Pirlipat. Su carita estaba tejida como de delicados copos de seda blanco lirio y rojo rosa, los ojitos eran azules vivos y centelleantes, y quedaba bonito que los rizos se enroscaran en puros hilos de oro brillante. Además, Pirlipatchen había traído al mundo dos filas de pequeños dientes de perla, con los que dos horas después del nacimiento mordió al canciller del reino en el dedo cuando quiso examinar los rasgos más de cerca, de modo que él gritó fuerte: «¡O jemine!». Otros afirman que gritó:

«¡Ay, qué dolor!»; las opiniones están todavía hoy muy divididas al respecto. En resumen, Pirlipatchen mordió realmente al canciller en el dedo, y el país encantado supo entonces que también espíritu, carácter y entendimiento habitaban en el pequeño cuerpo angelical de Pirlipat.

Como se ha dicho, todos estaban contentos; solo la reina estaba muy angustiada e inquieta, nadie sabía por qué. Llamaba la atención especialmente que hiciera vigilar la cuna de Pirlipat tan cuidadosamente. Además de que las puertas estaban ocupadas por guardias, aparte de las dos niñeras junto a la cuna, otras seis debían sentarse noche tras noche alrededor en la habitación. Pero lo que parecía totalmente absurdo y lo que nadie podía comprender era que cada una de estas seis niñeras debía tener un gato en el regazo y acariciarlo toda la noche para obligarlo a ronronear continuamente. Es imposible que vosotros, queridos niños, podáis adivinar por qué la madre de Pirlipat hacía todos estos preparativos; pero yo lo sé y os lo diré enseguida.

Sucedió que una vez en la corte del padre de Pirlipat se reunieron muchos reyes excelentes y príncipes muy agradables, por lo cual todo transcurrió muy brillantemente y se dieron muchos torneos de caballeros, comedias y bailes de la corte. El rey, para mostrar bien que no le faltaba oro ni plata en absoluto, quiso echar mano de verdad al tesoro de la corona y gastar algo decente. Ordenó, por tanto, especialmente porque se había enterado en secreto por el maestro mayor de cocina de la corte que el astrónomo real había anunciado el tiempo de la matanza, un gran banquete de salchichas; se subió al carruaje e invitó personalmente a todos los reyes y príncipes solo a una cucharada de sopa, para disfrutar de la sorpresa con lo exquisito. Luego dijo muy amablemente a la señora reina:

—¡Ya sabes, querida, cuánto me gustan las salchichas!

La reina ya sabía lo que él quería decir con eso; no significaba otra cosa sino que ella misma debía encargarse, como ya había hecho otras veces, del muy útil negocio de hacer salchichas. El tesorero mayor tuvo que entregar enseguida a la cocina el gran caldero de

oro para salchichas y las cacerolas de plata; se encendió un gran fuego de madera de sándalo, la reina se ató su delantal de cocina de damasco y pronto humearon del caldero los dulces aromas de la sopa de salchichas. El agradable olor penetró hasta el consejo de estado; el rey, embargado por un deleite interior, no pudo contenerse.

—¡Con permiso, señores míos! —exclamó, saltó rápidamente a la cocina, abrazó a la reina, removió un poco con el cetro de oro en el caldero y regresó luego tranquilo al consejo de estado.

Justo había llegado el punto importante en que el tocino debía ser cortado en dados y tostado en parrillas de plata. Las damas de la corte se retiraron, porque la reina quería emprender este negocio sola por fiel apego y respeto al real esposo. Pero tan pronto como el tocino empezó a freírse, se dejó oír una vocecita muy fina y susurrante:

—¡Dame también un poco del asadito, hermana! ¡Quiero comer también, soy reina también, dame del asadito!

La reina sabía bien que era la señora Mauserinks quien hablaba así. La señora Mauserinks vivía desde hacía muchos años en el palacio del rey. Afirmaba estar emparentada con la familia real y ser ella misma reina en el reino de Mausolien; por eso tenía también una gran corte bajo el fogón. La reina era una mujer buena y caritativa; y aunque por lo demás no quería reconocer a la señora Mauserinks precisamente como reina y como su hermana, le concedió de todo corazón en el día festivo el banquete y exclamó:

—Salid, señora Mauserinks; podéis disfrutar de mi tocino.

Entonces salió la señora Mauserinks saltando muy rápida y alegremente, saltó al fogón y agarró con las delicadas patitas un trocito de tocino tras otro que la reina le tendía. Pero entonces salieron saltando todos los compadres y tías de la señora Mauserinks, e incluso sus siete hijos, unos granujas muy maleducados; se lanzaron sobre el tocino, y la asustada reina no pudo impedirselo. Por suerte llegó la camarera mayor y ahuyentó a

los intrusos, de modo que aún quedó algo de tocino, el cual, bajo la instrucción del matemático de la corte llamado al efecto, fue distribuido muy ingeniosamente en todas las salchichas.

Sonaron timbales y trompetas; todos los potentados y príncipes presentes acudieron en brillantes trajes de fiesta, en parte sobre palafrenes blancos, en parte en carrozas de cristal, al banquete de salchichas. El rey los recibió con cordial amabilidad y gracia, y se sentó luego, como soberano ataviado con corona y cetro, a la cabecera de la mesa. Ya en la estación de las salchichas de hígado se vio cómo el rey palidecía más y más, cómo elevaba los ojos al cielo; suspiros suaves escapaban de su pecho; ¡un dolor tremendo parecía revolverse en su interior! Pero en la estación de las morcillas se recostó en el sillón sollozando y gimiendo en voz alta; se tapó la cara con ambas manos, se lamentó y gimió. Todos se levantaron de la mesa; el médico de cabecera se esforzó en vano por tomar el pulso al desafortunado rey; una pena profunda e inenarrable parecía desgarrarlo. Finalmente, finalmente, tras mucha persuasión, tras la aplicación de fuertes remedios, como son plumas de ganso quemadas y cosas similares, el rey pareció volver un poco en sí; tartamudeó apenas audiblemente las palabras: «Demasiado poco tocino».

Entonces la reina se arrojó desconsolada a sus pies y sollozó:

—¡Oh, mi pobre y desafortunado real esposo! ¡Oh, qué dolor ha tenido que sufrir! Pero vea aquí a la culpable a sus pies; castigue, castíguela duramente. ¡Ah! La señora Mauserinks con sus siete hijos, compadres y tías se ha comido el tocino y... —con esto la reina cayó de espaldas desmayada.

Pero el rey saltó lleno de ira y gritó fuerte:

—Camarera mayor, ¿cómo ocurrió eso?

La camarera mayor contó todo lo que sabía, y el rey decidió vengarse de la señora Mauserinks y su familia, que le habían comido el tocino de la salchicha. Se convocó al Consejo Secreto de Estado; se decidió procesar a la señora Mauserinks y confiscar todos sus

bienes; pero como el rey opinaba que entretanto ella aún podría seguir comiéndole el tocino, todo el asunto fue encomendado al relojero de la corte y arcanista. Este hombre, que se llamaba igual que yo, a saber, Christian Elias Drosselmeier, prometió expulsar a la señora Mauserinks con su familia del palacio para siempre mediante una operación de política de estado muy especial. Inventó realmente unas máquinas pequeñas y muy ingeniosas, en las que se ponía tocino frito en un hilo, y que Drosselmeier colocó alrededor de la vivienda de la señora comedora de tocino. La señora Mauserinks era demasiado sabia para no comprender la astucia de Drosselmeier, pero todas sus advertencias, todas sus representaciones no sirvieron de nada; atraídos por el dulce olor del tocino frito, los siete hijos y muchos, muchos compadres y tías de la señora Mauserinks entraron en las máquinas de Drosselmeier, y fueron atrapados por una reja que caía de repente justo cuando querían comerse el tocino, y luego ejecutados ignominiosamente en la cocina misma. La señora Mauserinks abandonó con su pequeño grupo el lugar del horror. Dolor, desesperación y venganza llenaban su pecho. La corte se regocijó mucho, pero la reina estaba preocupada porque conocía el carácter de la señora Mauserinks y sabía bien que no dejaría la muerte de sus hijos y parientes sin vengar. De hecho, la señora Mauserinks apareció cuando la reina estaba preparando un puré de pulmones para el real esposo, que a él le gustaba mucho comer, y dijo:

—Mis hijos, mis compadres y tías han sido asesinados; ten cuidado, señora reina, de que la reina de los ratones no muerda a tu princesita en dos; ten cuidado.

Dicho esto desapareció de nuevo y no se dejó ver más; pero la reina estaba tan asustada que dejó caer el puré de pulmones al fuego, y por segunda vez la señora Mauserinks le estropeó al rey un plato favorito, con lo cual él se enfadó mucho. Pero ya es suficiente por esta noche; en el futuro, el resto.

Por mucho que Marie, que tenía sus propios pensamientos sobre la historia, rogó al padrino Drosselmeier que siguiera contando, no

se dejó convencer, sino que se levantó diciendo:

—Demasiado de una vez es insalubre; mañana el resto.

Justo cuando el Consejero estaba a punto de salir por la puerta, preguntó Fritz:

—Pero dime, padrino Drosselmeier, ¿es realmente verdad que tú inventaste las ratoneras?

—Cómo se puede preguntar algo tan tonto —exclamó la madre; pero el Consejero sonrió muy extrañamente y dijo en voz baja:

—¿Acaso no soy un ingenioso relojero, y no debería poder inventar ratoneras siquiera?

CAPÍTULO 8

CONTINUACIÓN DEL CUENTO DE LA NUEZ DURA

—Ahora sabéis bien, niños —continuó el Consejero Drosselmeier la noche siguiente—, ahora sabéis bien, niños, por qué la reina hacía vigilar a la hermosísima princesita Pirlipat tan cuidadosamente. ¿No debía temer que la señora Mauserinks cumpliera su amenaza, volviera y matara a la princesita a mordiscos? Las máquinas de Drosselmeier no sirvieron para nada contra la astuta y espabilada señora Mauserinks, y solo el astrónomo de la corte, que era al mismo tiempo Consejero Secreto Superior de Signos y Astrólogo, quiso saber que la familia del gato Schnurr sería capaz de mantener alejada a la señora Mauserinks de la cuna; por consiguiente, ocurrió que cada una de las niñeras debía mantener en el regazo a uno de los hijos de aquella familia, que por lo demás estaban empleados en la corte como Consejeros Secretos de Legación, y tratar de endulzarles el pesado servicio estatal mediante rascados adecuados.

Una vez era ya medianoche cuando una de las dos Niñeras Jefas Secretas, que estaban sentadas justo al lado de la cuna, se despertó como de un sueño profundo. Todo alrededor estaba atrapado por el

sueño: ningún ronroneo, profundo silencio sepulcral, en el que se oía el picar de la carcoma. Pero, icómo se sintió la Niñera Jefa Secreta cuando vio justo delante de sí un ratón grande y muy feo, que estaba erguido sobre las patas traseras y había puesto la cabeza fatal sobre la cara de la princesa! Con un grito de terror se levantó de un salto; todos despertaron, pero en ese momento la señora Mauserinks (nadie más era el gran ratón junto a la cuna de Pirlipat) corrió rápidamente hacia la esquina de la habitación. Los Consejeros de Legación se lanzaron tras ella, pero demasiado tarde: había desaparecido por una grieta en el suelo de la habitación. Pirlipatchen despertó por el ruido y lloró muy lastimosamente. «Gracias al cielo —exclamaron las niñeras—, ¡vive!». Pero cuán grande fue su terror cuando miraron a Pirlipatchen y percibieron en qué se había convertido la hermosa y delicada niña. En lugar de la cabecita de ángel blanca y roja con rizos dorados, había una cabeza deforme y gorda sobre un cuerpo diminuto y encogido; los ojitos azul azur se habían transformado en ojos verdes, saltones y fijos, y la boquita se había estirado de una oreja a la otra.

La reina estuvo a punto de deshacerse en lamentos y gemidos, y el estudio del rey tuvo que ser forrado con tapices acolchados, porque se daba una y otra vez con la cabeza contra la pared mientras gritaba con voz muy lastimera: «¡Oh, yo, monarca desdichado!». Podía, es cierto, comprender ahora que habría sido mejor comer las salchichas sin tocino y dejar en paz a la señora Mauserinks y su parentela bajo el fogón, pero en eso no pensó el padre real de Pirlipat, sino que echó toda la culpa al relojero de la corte y arcanista Christian Elias Drosselmeier de Núremberg. Por eso emitió la sabia orden: Drosselmeier debía restaurar a la princesa Pirlipat a su estado anterior en el plazo de cuatro semanas, o al menos indicar un medio infalible y determinado de cómo lograrlo; en caso contrario, debía ser condenado a una muerte ignominiosa bajo el hacha del verdugo.

Drosselmeier se asustó no poco; sin embargo, pronto confió en su arte y en su suerte y procedió enseguida a la primera operación que le pareció útil. Desmontó a la princesita Pirlipat muy hábilmente, le

desatornilló manitas y piecitos y examinó enseguida la estructura interna; pero allí encontró, por desgracia, que la princesa, cuanto más grande, más deforme se volvería, y no supo qué aconsejar ni cómo ayudar. Volvió a armar a la princesa con cuidado y se sumió en la melancolía junto a su cuna, que no se le permitía abandonar.

Ya había comenzado la cuarta semana —sí, ya era miércoles— cuando el rey miró dentro con ojos centelleantes de ira y, amenazando con el cetro, gritó:

—Christian Elias Drosselmeier, cura a la princesa o debes morir.

Drosselmeier comenzó a llorar amargamente, pero la princesita Pirlipat partía nueces contenta. Por primera vez le llamó la atención al arcanista el inusual apetito de Pirlipat por las nueces y el hecho de que hubiera nacido con dientes. De hecho, justo después de la transformación había gritado tanto hasta que casualmente le dieron una nuez, que partió enseguida, se comió el núcleo y luego se quedó tranquila. Desde entonces, las niñeras no encontraron nada mejor que traerle nueces.

—¡Oh, sagrado instinto de la naturaleza, eterna e inescrutable simpatía de todos los seres! —exclamó Johann Elias Drosselmeier—. ¡Tú me muestras la puerta al secreto; llamaré y se abrirá!

Pidió enseguida permiso para poder hablar con el astrónomo de la corte, y fue conducido allí con fuerte guardia. Ambos señores se abrazaron con muchas lágrimas, ya que eran amigos tiernos, se retiraron luego a un gabinete secreto y consultaron muchos libros que trataban del instinto, de las simpatías y antipatías y otras cosas misteriosas. Cayó la noche; el astrónomo de la corte miró las estrellas y, con la ayuda de Drosselmeier, que también era muy hábil en esto, estableció el horóscopo de la princesa Pirlipat. Fue un gran esfuerzo, pues las líneas se enredaban cada vez más; pero finalmente, ¡qué alegría!, finalmente quedó claro ante ellos que la princesa Pirlipat, para romper el hechizo que la había afeado y para volver a ser tan hermosa como antes, no tenía que hacer nada más que disfrutar del dulce núcleo de la nuez Krakatuk.

La nuez Krakatuk tenía una cáscara tan dura que un cañón de cuarenta y ocho libras podía pasar por encima sin romperla. Esta nuez dura, sin embargo, debía ser partida ante la princesa por un hombre que nunca hubiera sido afeitado y que nunca hubiera llevado botas, y el núcleo debía serle ofrecido por él con los ojos cerrados. Solo después de haber caminado siete pasos hacia atrás sin tropezar, se le permitía al joven volver a abrir los ojos.

Tres días y tres noches había trabajado Drosselmeier con el astrónomo ininterrumpidamente, y el rey estaba sentado precisamente el sábado a la mesa del almuerzo, cuando Drosselmeier, que debía ser decapitado el domingo muy temprano, irrumpió lleno de alegría y júbilo y anunció el medio encontrado para devolver a la princesa Pirlipat su belleza perdida. El rey lo abrazó con vehemente benevolencia, le prometió una espada de diamantes, cuatro órdenes y dos levitas de domingo nuevas.

—Inmediatamente después de comer —añadió amablemente—, se pondrá manos a la obra; preocúpese, querido arcanista, de que el joven sin afeitar en zapatos con la nuez Krakatuk esté debidamente a mano, y no le deje beber vino antes para que no tropiece cuando camine siete pasos hacia atrás como un cangrejo; idespues podrá beber copiosamente!

Drosselmeier se quedó muy consternado por este discurso del rey, y no sin temblor y vacilación consiguió tartamudear que el medio ciertamente había sido encontrado, pero que ambos, la nuez Krakatuk y el joven para partirla, primero debían ser buscados, siendo además dudoso si la nuez y el cascanueces podrían ser encontrados jamás. Altamente encolerizado, el rey blandió el cetro sobre su cabeza coronada y gritó con voz de león:

—Entonces se mantiene la decapitación.

Fue una suerte para Drosselmeier, puesto en angustia y necesidad, que al rey la comida le había sabido muy bien precisamente ese día, por lo que estaba de buen humor para dar oídos a representaciones razonables, a las cuales la magnánima

reina, conmovida por el destino de Drosselmeier, no dejó faltar. Drosselmeier cobró valor y representó finalmente que, en realidad, había resuelto la tarea de nombrar el medio por el cual la princesa podía ser curada, y había ganado su vida. El rey llamó a esto excusas tontas y charlatanería simple, pero decidió finalmente, después de haber tomado una copita de licor estomacal, que ambos, el relojero y el astrónomo, debían ponerse en marcha y no regresar de otro modo que con la nuez Krakatuk en el bolsillo. El hombre para partirla debía ser conseguido, como medió la reina, mediante la inserción repetida de un llamamiento en periódicos nacionales y extranjeros y hojas de inteligencia.

El Consejero interrumpió aquí de nuevo y prometió contar el resto la noche siguiente.

CAPÍTULO 9

CONCLUSIÓN DEL CUENTO DE LA NUEZ DURA

A la noche siguiente, apenas se encendieron las luces, apareció de nuevo el padrino Drosselmeier y continuó narrando así:

—Drosselmeier y el astrónomo de la corte llevaban ya quince años de viaje sin haber encontrado rastro de la nuez Krakatuk. En qué lugares estuvieron, qué cosas extrañas y curiosas les sucedieron, podría contároslo, niños, durante cuatro semanas, pero no lo haré, sino que os diré enseguida que Drosselmeier, en su profunda tristeza, sintió finalmente una gran nostalgia por su querida ciudad natal, Núremberg. Esta nostalgia lo asaltó muy especialmente cuando estaba fumando una pipa de tabaco con su amigo en medio de un gran bosque en Asia. «Oh hermosa, hermosa ciudad natal, Núremberg; hermosa ciudad, quien no te ha visto, aunque haya viajado mucho a Londres, París y Peterwardein, si no se le ha abierto el corazón, ha de anhelarte siempre; a ti, oh Núremberg, hermosa ciudad que tienes hermosas casas con ventanas». Cuando Drosselmeier se lamentaba tan melancólicamente, el astrónomo se sintió conmovido por una profunda compasión y comenzó a aullar

tan lastimosamente que se le podía oír a lo largo y ancho de Asia. Sin embargo, se recuperó, se secó las lágrimas de los ojos y preguntó: «Pero, estimado colega, ¿por qué estamos aquí sentados aullando? ¿Por qué no vamos a Núremberg? ¿No da acaso lo mismo dónde y cómo busquemos la fatal nuez Krakatuk?». «También es verdad», respondió Drosselmeier consolado. Ambos se levantaron al instante, vaciaron sus pipas y caminaron en línea recta, sin detenerse, desde el bosque en medio de Asia hasta Núremberg.

Apenas habían llegado allí, Drosselmeier corrió rápidamente a casa de su primo, el tornero de muñecos, barnizador y dorador Christoph Zacharias Drosselmeier, a quien no había visto en muchos, muchos años. A este le contó el relojero toda la historia de la princesa Pirlipat, la señora Mauserinks y la nuez Krakatuk, de modo que el primo juntaba las manos una y otra vez y exclamaba lleno de asombro: «¡Ay, primo, primo, qué cosas tan maravillosas son esas!». Drosselmeier siguió contando las aventuras de su largo viaje: cómo había pasado dos años con el Rey de los Dátiles, cómo fue rechazado despreciablemente por el Príncipe de las Almendras, cómo había preguntado en vano en la Sociedad de Ciencias Naturales de Eichhornshausen; en resumen, cómo había fracasado en todas partes en obtener siquiera una pista de la nuez Krakatuk. Durante este relato, Christoph Zacharias había chasqueado los dedos a menudo, girado sobre un pie, chasqueado la lengua y luego gritado: «Mmm, mmm... ¡ii, ay, oh!... ieso sería el diablo!». Finalmente, lanzó gorra y peluca al aire, abrazó al primo con vehemencia y gritó:

—¡Primo, primo! Estáis salvado, salvado estáis, os digo, pues todo tendría que engañarme o yo mismo poseo la nuez Krakatuk.

Sacó enseguida una caja de la que extrajo una nuez dorada de tamaño mediano.

—Mirad —dijo mostrando la nuez al primo—, mirad, con esta nuez ocurre lo siguiente: hace muchos años llegó aquí en Navidad un hombre extraño con un saco lleno de nueces que ofrecía en venta. Justo delante de mi puesto de muñecos se metió en una pelea y dejó el saco en el suelo para defenderse mejor contra el vendedor

de nueces local, que no quería tolerar que el forastero vendiera nueces y por eso lo atacó. En ese momento, un carro de carga muy pesado pasó por encima del saco y todas las nueces fueron aplastadas excepto una, que el hombre extraño, sonriendo curiosamente, me ofreció por un zwanziger brillante del año 1720. Me pareció maravilloso; encontré en mi bolsillo justamente un zwanziger como el que el hombre quería, compré la nuez y la doré, sin saber yo mismo muy bien por qué pagaba tan cara la nuez y luego la tenía en tanta estima.

Cualquier duda de que la nuez del primo fuera realmente la buscada nuez Krakatuk se disipó al instante cuando el astrónomo de la corte, que había sido llamado, raspó limpiamente el oro y encontró grabada en la corteza de la nuez la palabra "Krakatuk" en caracteres chinos. La alegría de los viajeros fue grande, y el primo el hombre más feliz bajo el sol cuando Drosselmeier le aseguró que su fortuna estaba hecha, ya que además de una pensión considerable, en adelante recibiría gratis todo el oro para dorar.

Ambos, el arcanista y el astrónomo, ya se habían puesto los gorros de dormir y querían irse a la cama, cuando el último, es decir, el astrónomo, comenzó así:

—Mi mejor señor colega, una suerte nunca viene sola. ¡Creo que no solo hemos encontrado la nuez Krakatuk, sino también al joven que la partirá y presentará el núcleo de la belleza a la princesa! No me refiero a nadie más que al hijo de su señor primo. ¡No, no quiero dormir! —continuó entusiasmado—, ¡sino hacer el horóscopo del joven esta misma noche!

Con esto se arrancó el gorro de dormir de la cabeza y comenzó enseguida a observar. El hijo del primo era, de hecho, un muchacho apuesto y bien crecido que nunca había sido afeitado y nunca había llevado botas. En su temprana juventud había sido ciertamente un títere durante un par de Navidades, pero eso no se le notaba en lo más mínimo, tan bien había sido educado por los esfuerzos del padre. En los días de Navidad llevaba una hermosa casaca roja con oro, una espada, el sombrero bajo el brazo y un peinado excelente

con una bolsa para el pelo. Así se paraba muy brillante en el puesto de su padre y partía las nueces a las jóvenes muchachas por galantería innata, por lo cual ellas lo llamaban bellamente "pequeño Cascanueces".

A la mañana siguiente, el astrónomo se echó al cuello del arcanista encantado y gritó:

—Es él, lo tenemos, ha sido encontrado; solo dos cosas, queridísimo colega, no debemos pasar por alto. En primer lugar, debe trenzarle a su excelente sobrino una robusta coleta de madera que esté conectada con la mandíbula inferior de tal manera que esta pueda ser tirada con fuerza; pero luego, cuando lleguemos a la residencia, debemos ocultar cuidadosamente que hemos traído con nosotros al joven que partirá la nuez Krakatuk; él debe, más bien, presentarse mucho después de nosotros. Leo en el horóscopo que el rey, después de que algunos se rompan los dientes sin más éxito, prometerá al que parta la nuez y devuelva a la princesa la belleza perdida, la princesa y la sucesión en el reino como recompensa.

El primo tornero de muñecos estaba sumamente satisfecho con que su hijito se casara con la princesa Pirlipat y se convirtiera en príncipe y rey, y por lo tanto lo entregó totalmente a los embajadores. La coleta que Drosselmeier le puso al joven y esperanzador sobrino salió sumamente bien, de modo que realizó los ensayos más brillantes partiendo los huesos de melocotón más duros.

Dado que Drosselmeier y el astrónomo habían informado del hallazgo de la nuez Krakatuk inmediatamente a la residencia, allí se habían emitido al instante los llamamientos necesarios, y cuando los viajeros llegaron con el remedio de belleza, ya se habían presentado muchas personas apuestas, entre las cuales había incluso príncipes, que confiando en su sana dentadura querían intentar el desencantamiento de la princesa. Los embajadores se asustaron no poco cuando volvieron a ver a la princesa. El pequeño cuerpo con las manitas y pies diminutos apenas podía sostener la cabeza deforme. La fealdad de la cara se veía aumentada por una barba de algodón

blanco que le había crecido alrededor de la boca y la barbilla. Todo sucedió tal como el astrónomo de la corte había leído en el horóscopo. Un barbilampiño en zapatos tras otro se llagaba los dientes y las mandíbulas con la nuez Krakatuk sin ayudar a la princesa en lo más mínimo, y cuando era retirado medio desmayado por los dentistas designados para ello, suspiraba: «¡Esa era una nuez dura!».

Cuando el rey, en la angustia de su corazón, prometió hija y reino a quien completara el desencantamiento, se presentó el amable y gentil joven Drosselmeier y pidió permiso para comenzar también el intento. Ninguno había gustado tanto a la princesa Pirlipat como el joven Drosselmeier; ella puso sus manitas sobre el corazón y suspiró muy íntimamente: «Ay, si fuera él quien realmente partiera la nuez Krakatuk y se convirtiera en mi esposo». Después de que el joven Drosselmeier saludara muy cortésmente al rey y a la reina, y luego a la princesa Pirlipat, recibió de manos del maestro mayor de ceremonias la nuez Krakatuk, se la puso sin más entre los dientes, tiró fuerte de la coleta y, ¡crac, crac!, la cáscara se desmoronó en muchos pedazos. Habilmente limpió el núcleo de las fibras que aún colgaban y se lo entregó con una reverencia sumisa a la princesa, tras lo cual cerró los ojos y comenzó a caminar hacia atrás. La princesa se tragó el núcleo al instante y, ¡oh milagro!, desapareció la figura deforme y en su lugar apareció una imagen de mujer de belleza angelical, el rostro tejido como de copos de seda blanco lirio y rojo rosa, los ojos como azur brillante, los rizos llenos rizados como hilos de oro. Trompetas y timbales se mezclaron con el fuerte júbilo del pueblo. El rey y toda su corte bailaron sobre una pierna como en el nacimiento de Pirlipat, y la reina tuvo que ser atendida con agua de colonia porque se había desmayado de alegría y deleite.

El gran tumulto desconcertó no poco al joven Drosselmeier, que aún tenía que completar sus siete pasos, pero se mantuvo firme y justo estiraba el pie derecho para el séptimo paso, cuando se levantó del suelo, chillando y piando feamente, la señora Mauserinks, de modo que Drosselmeier, al querer posar el pie, la pisó y tropezó de tal manera que casi se cae. ¡Oh desgracia! De

repente el joven quedó tan deforme como lo había estado antes la princesa Pirlipat. El cuerpo se había encogido y apenas podía sostener la cabeza gruesa y deforme con grandes ojos saltones y la boca ancha horriblemente bostezante. En lugar de la coleta, le colgaba por detrás un estrecho manto de madera con el que gobernaba la mandíbula inferior.

El relojero y el astrónomo estaban fuera de sí de terror y espanto, pero vieron cómo la señora Mauserinks se revolcaba sangrando en el suelo. Su maldad no había quedado sin venganza, pues el joven Drosselmeier la había golpeado tan fuertemente en el cuello con el tacón puntiagudo de su zapato que tenía que morir. Pero mientras la señora Mauserinks era presa de la agonía de la muerte, pió y chilló muy lastimosamente:

—Oh Krakatuk, nuez dura, por la que ahora debo morir... ji ji... pi pi... fino Cascanueces, pronto también tú morirás... Mi hijito de las siete coronas vengará al Cascanueces, vengará a la madre finamente en ti, pequeño Cascanueces... Oh vida tan fresca y roja, de ti me separo, ¡oh angustia de muerte!... ¡Cuic!

Con este grito murió la señora Mauserinks y fue retirada por el fogonero real. Nadie se había preocupado por el joven Drosselmeier, pero la princesa recordó al rey su promesa, y enseguida él ordenó que trajeran al joven héroe. Pero cuando el infeliz se presentó en su deformidad, la princesa se tapó la cara con ambas manos y gritó:

—¡Fuera, fuera con el abominable Cascanueces!

Al instante, el mariscal de la corte lo agarró también por los pequeños hombros y lo echó por la puerta. El rey estaba lleno de ira porque habían querido imponerle un Cascanueces como yerno, echó toda la culpa a la torpeza del relojero y del astrónomo, y desterró a ambos de la residencia para siempre. Eso no había estado en el horóscopo que el astrónomo había hecho en Núremberg, pero no se dejó disuadir de observar de nuevo y entonces quiso leer en las estrellas que el joven Drosselmeier se comportaría tan bien en su nuevo estado que, a pesar de su deformidad, llegaría a ser príncipe

y rey. Pero su deformidad solo podría desaparecer cuando el hijo de la señora Mauserinks, a quien ella había dado a luz con siete cabezas tras la muerte de sus siete hijos y que se había convertido en Rey de los Ratones, hubiera caído por su mano, y una dama lo amara a pesar de su deformidad. ¡Se dice que, de hecho, se ha visto al joven Drosselmeier en Núremberg en Navidad en el puesto de su padre, ciertamente como Cascanueces, pero sin embargo como príncipe! Este es, niños, el cuento de la nuez dura, y ahora sabéis por qué la gente dice tan a menudo: «¡Esa fue una nuez dura!», y cómo ocurre que los Cascanueces sean tan feos.

Así concluyó el Consejero su narración. Marie opinó que la princesa Pirlipat era en realidad una cosa desagradable e ingrata; Fritz aseguró, por el contrario, que si el Cascanueces quería ser un tipo valiente, no se andaría con chiquitas con el Rey de los Ratones y pronto recuperaría su anterior figura hermosa.

CAPÍTULO 10

TÍO Y SOBRINO

Si alguno de mis muy respetados lectores u oyentes ha experimentado alguna vez la casualidad de cortarse con vidrio, él mismo sabrá cuánto duele y qué cosa tan mala es en general, ya que cura muy lentamente. Marie había tenido que pasar casi una semana entera en la cama, porque siempre se sentía muy mareada en cuanto se levantaba. Pero finalmente se puso completamente sana y pudo saltar alegremente por la habitación como antes. En el armario de cristal todo se veía muy bonito, pues árboles y flores y casas y hermosas muñecas brillantes estaban allí nuevas y relucientes. Ante todo, Marie encontró de nuevo a su querido Cascanueces, que, estando en el segundo estante, le sonreía con dienteillos completamente sanos. Al mirar ahora al favorito con tanta alegría de corazón, de repente le cayó algo muy angustioso en el corazón: que todo lo que el padrino Drosselmeier había contado no era más que la historia del Cascanueces y su disputa con la señora Mauserinks y su hijo. Ahora sabía que su Cascanueces no podía ser otro que el joven Drosselmeier de Núremberg, el agradable sobrino del padrino Drosselmeier, pero desgraciadamente hechizado

por la señora Mauserinks. Pues de que el ingenioso relojero en la corte del padre de Pirlipat no había sido otro que el propio Consejero Drosselmeier, Marie no había dudado ni un momento durante la narración.

«Pero por qué no te ayudó tu tío, por qué no te ayudó», se lamentaba Marie, a medida que se hacía más y más vivo en su interior que en aquella batalla que ella presenciaba estaban en juego el reino y la corona del Cascanueces. ¿Acaso no estaban todas las demás muñecas sometidas a él, y no era cierto que la profecía del astrónomo de la corte se había cumplido y el joven Drosselmeier se había convertido en Rey del reino de las muñecas? Mientras la inteligente Marie sopesaba todo esto en su mente, creía también que el Cascanueces y sus vasallos, en el momento en que ella les atribuía vida y movimiento, debían realmente vivir y moverse. Pero no era así; todo en el armario permanecía más bien rígido e inmóvil, y Marie, lejos de abandonar su convicción interna, achacó esto solo al continuo hechizo de la señora Mauserinks y su hijo de siete cabezas.

—Sin embargo —dijo en voz alta al Cascanueces—, aunque usted no sea capaz de moverse o de hablar una palabrita conmigo, querido señor Drosselmeier, sé sin embargo que me entiende y sabe lo bien que quiero a usted; cuente con mi asistencia cuando la necesite. Al menos le pediré al tío que le asista con su habilidad donde sea necesario.

El Cascanueces permaneció callado y tranquilo, pero a Marie le pareció como si un leve suspiro respirara a través del armario de cristal, con lo cual los cristales sonaron apenas audibles, pero maravillosamente encantadores, y fue como si una pequeña voccecita de campana cantara: «María pequeña, ángel de mi guarda, tuyo seré, María mía».

Marie sintió en los escalofríos helados que la recorrieron un extraño bienestar. El crepúsculo había caído, el Consejero Médico entró con el padrino Drosselmeier, y no pasó mucho tiempo antes de que Luise hubiera preparado la mesa del té y la familia estuviera

sentada alrededor, hablando todo tipo de cosas divertidas entre ellos. Marie había traído muy calladamente su pequeño sillón y se había sentado a los pies del padrino Drosselmeier. Cuando en un momento todos callaron, Marie miró fijamente a la cara del Consejero con sus grandes ojos azules y dijo:

—Yo sé ahora, querido padrino Drosselmeier, que mi Cascanueces es tu sobrino, el joven Drosselmeier de Núremberg; se ha convertido en príncipe, o más bien en rey, eso se ha cumplido correctamente, como predijo tu compañero el astrónomo; pero tú sabes bien que él está en guerra abierta con el hijo de la señora Mauserinks, con el feo Rey de los Ratones. ¿Por qué no le ayudas?

Marie contó entonces una vez más todo el transcurso de la batalla tal como la había visto, y fue interrumpida a menudo por las fuertes risas de la madre y de Luise. Solo Fritz y Drosselmeier permanecieron serios.

—Pero de dónde saca la niña todas esas tonterías en la cabeza —dijo el Consejero Médico.

—Bueno —respondió la madre—, tiene una imaginación viva; en realidad son solo sueños que produjo la fuerte fiebre de la herida.

—Nada de eso es verdad —dijo Fritz—, mis húsares rojos no son tan poltrones; iPotz Bassa Manelka! ¡Cómo habría intervenido yo si no!

Sin embargo, sonriendo extrañamente, el padrino Drosselmeier tomó a la pequeña Marie en su regazo y dijo más suavemente que nunca:

—Vaya, querida Marie, a ti te ha sido dado más que a mí y a todos nosotros; tú eres, como Pirlipat, una princesa nata, pues reinas en un hermoso y brillante reino. Pero tienes mucho que sufrir si quieres encargarte del pobre Cascanueces deforme, ya que el Rey de los Ratones lo persigue por todos los caminos y senderos. Pero no yo, tú, tú sola puedes salvarlo; sé firme y fiel.

Ni Marie ni nadie supo qué quería decir Drosselmeier con estas palabras; al contrario, al Consejero Médico le pareció tan extraño que le tomó el pulso al Consejero del Tribunal Superior y dijo:

—Tiene usted, estimadísimo amigo, fuertes congestiones en la cabeza; le recetaré algo.

Solo la Consejera Médica sacudió la cabeza pensativamente y dijo en voz baja:

—Intuyo lo que el Consejero quiere decir, pero no puedo decirlo con palabras claras.

CAPÍTULO 11

LA VICTORIA

No pasó mucho tiempo cuando Marie fue despertada en la noche iluminada por la luna por un extraño estruendo que parecía venir de una esquina de la habitación. Era como si se lanzaran y rodaran pequeñas piedras de un lado a otro, y entremedio silbaba y chillaba muy desagradablemente.

—Ay, los ratones, los ratones vienen otra vez —exclamó Marie asustada, y quiso despertar a la madre, pero todo sonido se le atascó, e incluso no pudo mover ningún miembro cuando vio cómo el Rey de los Ratones se abría paso a través de un agujero de la pared, y finalmente con ojos centelleantes y coronas saltaba por la habitación, y luego con un salto poderoso subía a la mesita que estaba justo al lado de la cama de Marie.

—Ji, ji, ji... tienes que darme tus guisantes de azúcar, tu mazapán, pequeña cosa... si no muerdo a tu Cascanueces, ¡a tu Cascanueces!

Así silbaba el Rey de los Ratones, castañeteando y rechinando los dientes muy feamente, y luego saltó rápidamente de nuevo a través

del agujero de la pared. Marie estaba tan angustiada por la espeluznante aparición que a la mañana siguiente se veía muy pálida y, excitada en lo más profundo, apenas podía hablar una palabra. Cien veces quiso quejarse a la madre o a Luise, o al menos a Fritz, de lo que le había sucedido, pero pensaba: «¿Me creerá alguien, y no se reirán de mí encima?». Sin embargo, le quedó claro que para salvar al Cascanueces debía entregar guisantes de azúcar y mazapán. Todo lo que poseía de ello lo puso, por tanto, la noche siguiente delante del borde del armario.

A la mañana siguiente dijo la Consejera Médica:

—No sé de dónde vienen los ratones de repente a nuestra sala de estar; imira, pobre Marie! Se han comido todos tus dulces.

Realmente era así. El mazapán relleno no lo había encontrado el voraz Rey de los Ratones de su gusto, pero lo había roído con dientes afilados, de modo que tuvo que ser tirado. A Marie ya no le importaban los dulces, sino que estaba más bien profundamente contenta, ya que creía haber salvado a su Cascanueces. Pero, cómo se sintió cuando en la noche siguiente silbó y chilló justo en sus oídos. Ay, el Rey de los Ratones estaba allí de nuevo, y aún más abominablemente que en la antepenúltima noche centelleaban sus ojos, y aún más desagradablemente silbaba entre los dientes.

—Tienes que darme tus muñecas de azúcar, de tragacanto, pequeña cosa, si no muerdo a tu Cascanueces, a tu Cascanueces.

Y con eso el espantoso Rey de los Ratones saltó de nuevo. Marie estaba muy triste; fue a la mañana siguiente al armario y miró con las miradas más melancólicas a sus muñequitas de azúcar y tragacanto. Pero su dolor era justo, pues no puedes creer, mi atenta oyente Marie, qué figuritas tan encantadoras formadas de azúcar o tragacanto poseía la pequeña Marie Stahlbaum. Aparte de que un pastor muy guapo con su pastora apacentaba todo un rebaño de ovejitas blancas como la leche, y a su lado saltaba su alegre perrito, también caminaban dos carteros con cartas en la mano, y cuatro parejas muy bonitas de jóvenes pulcramente vestidos con

muchachas magníficamente arregladas se columpiaban en un columpio ruso. Detrás de algunos bailarines estaba todavía el Arrendador Feldkümmel con la Doncella de Orleans, por los cuales Marie no se preocupaba mucho, pero en el rincón estaba un niño de mejillas rojas, el favorito de Marie; las lágrimas brotaron de los ojos de la pequeña Marie.

—Ay —exclamó volviéndose hacia el Cascanueces—, querido señor Drosselmeier, ¡qué no haré por salvarle! Pero es muy duro.

El Cascanueces, sin embargo, se veía tan lloroso que Marie, dado que además le parecía ver las siete fauces del Rey de los Ratones abiertas para devorar al infeliz joven, decidió sacrificarlo todo. Puso, por tanto, todas las muñequitas de azúcar por la noche, como antes los dulces, en el borde del armario. Besó al pastor, a la pastora, a los corderitos, y sacó también por último a su favorito, el pequeño niño de mejillas rojas de tragacanto del rincón, al cual sin embargo colocó muy atrás. El Arrendador Feldkümmel y la Doncella de Orleans tuvieron que ir en la primera fila.

—No, esto es demasiado grave —exclamó la Consejera Médica a la mañana siguiente—. Debe habitar sin duda un ratón grande y asqueroso en el armario de cristal, pues todas las hermosas muñequitas de azúcar de la pobre Marie están roídas y mordidas.

Marie no pudo contener las lágrimas, pero sonrió pronto de nuevo, pues pensaba: «Qué importa, el Cascanueces está salvado».

El Consejero Médico dijo por la noche, cuando la madre contó al Consejero del Tribunal Superior sobre el desorden que un ratón hacía en el armario de cristal de los niños:

—Es abominable que no podamos exterminar al ratón fatal que hace de las suyas en el armario de cristal y le come todos los dulces a la pobre Marie.

—Eh —intervino Fritz muy alegremente—, el panadero de abajo tiene un Consejero de Legación gris muy excelente; lo traeré arriba. Él pondrá fin a la cosa pronto y le arrancará la cabeza al ratón,

aunque sea la propia señora Mauserinks o su hijo, el Rey de los Ratones.

—Y —continuó la Consejera riendo— saltar sobre sillas y mesas y tirar vasos y tazas y causar mil otros daños.

—Ah, no —respondió Fritz—, el Consejero de Legación del panadero es un hombre hábil; ya quisiera yo poder caminar tan delicadamente sobre el tejado puntiagudo como él.

—Pero ningún gato por la noche —pidió Luise, que no podía soportar a los gatos.

—En realidad —dijo el Consejero Médico—, en realidad Fritz tiene razón; sin embargo, podemos poner una trampa; ¿acaso no tenemos ninguna?

—Esa nos la puede hacer mejor el padrino Drosselmeier, que él las inventó —exclamó Fritz.

Todos rieron, y ante la seguridad de la Consejera de que no había ninguna trampa en la casa, el Consejero del Tribunal Superior anunció que poseía varias de esa clase, e hizo traer realmente al momento una ratonera excelente de su casa. A Fritz y a Marie se les hizo ahora muy vivo el cuento del padrino sobre la nuez dura. Cuando la cocinera tostaba el tocino, Marie temblaba y se estremecía, y habló, totalmente llena del cuento y las cosas maravillosas en él, a la bien conocida Dore:

—Ay, señora Reina, cuídese de la señora Mauserinks y su familia.

Fritz, sin embargo, había desenvainado su sable y dijo:

—Sí, que vengan, a esos les daría una buena lección.

Pero todo permaneció tranquilo bajo y sobre el fogón. Cuando el Consejero ató el tocino a un hilo fino y colocó la trampa suave, suavemente junto al armario de cristal, Fritz exclamó:

—Ten cuidado, padrino relojero, de que el Rey de los Ratones no te juegue una mala pasada.

¡Ay, cómo le fue a la pobre Marie en la noche siguiente! Algo helado la tocaba en el brazo de un lado a otro, y áspero y repugnante se pegaba a su mejilla y piaba y chillaba en su oído. El abominable Rey de los Ratones estaba sentado en su hombro, y babeaba rojo sangre por las siete fauces abiertas, y castañeteando y rechinando los dientes, siseó en el oído de Marie, petrificada de horror y espanto:

—Sisea fuera, sisea fuera, no entres en la casa, no vayas al banquete, no seas atrapado... sisea fuera... dame, dame todos tus libros de imágenes, tu vestidito también, si no no tendrás paz... debes saberlo, al pequeño Cascanueces si no perderás, será mordido... ji ji... pi pi... icuic cuic!

Ahora Marie estaba llena de lamento y tristeza; se veía muy pálida y perturbada cuando la madre dijo a la mañana siguiente:

—El ratón malvado todavía no ha caído.

De modo que la madre, en la creencia de que Marie estaba triste por sus dulces y además temía al ratón, añadió:

—Pero tranquila, querida hija, ya ahuyentaremos al ratón malvado. Si las trampas no sirven de nada, Fritz traerá a su Consejero de Legación gris.

Apenas se encontró Marie sola en la sala de estar, se paró ante el armario de cristal y sollozando habló así al Cascanueces:

—Ay, mi querido y buen señor Drosselmeier, ¿qué puedo hacer yo, pobre niña desgraciada, por usted? Aunque diera ahora también todos mis libros de imágenes, sí, incluso mi hermoso vestido nuevo que el Niño Jesús me regaló, al abominable Rey de los Ratones para que lo destruya, ¿no exigirá él sin embargo cada vez más, de modo que al final no tendré nada más, y querrá mordirme a mí misma en lugar de a usted? Oh, yo, pobre niña, ¿qué debo hacer ahora, qué debo hacer ahora?

Mientras la pequeña Marie se lamentaba y quejaba así, notó que al Cascanueces le había quedado una gran mancha de sangre en el

cuello desde aquella noche. Desde el momento en que Marie supo que su Cascanueces era en realidad el joven Drosselmeier, el sobrino del Consejero, ya no lo llevaba en brazos ni lo abrazaba ni lo besaba; es más, por cierta timidez ni siquiera quería tocarlo mucho; pero ahora lo sacó con mucho cuidado del estante y comenzó a frotar la mancha de sangre en el cuello con su pañuelo. Pero, cómo se sintió cuando de repente percibió que el pequeño Cascanueces se calentaba en su mano y comenzaba a moverse. Rápidamente lo volvió a poner en el estante; entonces la boquita se movió de un lado a otro y con dificultad susurró el pequeño Cascanueces:

—Ay, estimadísima Demoiselle Stahlbaum, excelente amiga, cuánto le debo a usted... No, ningún libro de imágenes, ningún vestido de Navidad debe sacrificar por mí... consiga solo una espada... una espada; de lo demás me encargaré yo, aunque él...

Aquí se le acabó el habla al Cascanueces, y sus ojos, que primero se habían animado para expresar la más íntima melancolía, se volvieron de nuevo fijos y sin vida. Marie no sintió ningún horror; al contrario, saltaba de alegría, ya que ahora sabía un medio para salvar al Cascanueces sin más sacrificios dolorosos. Pero, ¿de dónde sacar ahora una espada para el pequeño? Marie decidió consultar a Fritz, y le contó por la noche, cuando estaban sentados solos en la sala de estar junto al armario de cristal mientras los padres habían salido, todo lo que le había sucedido con el Cascanueces y el Rey de los Ratones, y de qué dependía ahora salvar al Cascanueces.

Sobre nada se quedó Fritz más pensativo que sobre el hecho de que, según el informe de Marie, sus húsares se hubieran comportado tan mal en la batalla. Preguntó una vez más muy seriamente si realmente había sido así, y después de que Marie se lo asegurara bajo palabra, Fritz fue rápidamente al armario de cristal, dirigió a sus húsares un discurso patético y luego cortó, como castigo por su egoísmo y cobardía, a uno tras otro la insignia de la gorra, y les prohibió también tocar la marcha de los húsares de la guardia en el plazo de un año. Después de haber completado su castigo, se volvió de nuevo hacia Marie, diciendo:

—En cuanto al sable, puedo ayudar al Cascanueces, ya que ayer pasé a retiro con pensión a un viejo coronel de los coraceros, que por consiguiente ya no necesita su hermoso sable afilado.

Dicho coronel consumía la pensión asignada por Fritz en el rincón más alejado del tercer estante. De allí fue sacado, se le quitó el sable de plata, que de hecho era elegante, y se le colgó al Cascanueces.

De miedo y horror, Marie no pudo dormirse en la noche siguiente; le pareció a medianoche como si oyera en la sala de estar un extraño rumor, tintineo y susurro. De repente sonó: «¡Cuic!».

—¡El Rey de los Ratones! ¡El Rey de los Ratones! —gritó Marie, y saltó llena de espanto de la cama.

Todo permaneció en silencio; pero pronto llamaron suave, suavemente a la puerta, y se dejó oír una vocecita fina:

—Excelentísima Demoiselle Stahlbaum, abra con confianza; ibuenas y alegres noticias!

Marie reconoció la voz del joven Drosselmeier, se echó su faldita por encima y abrió rápidamente la puerta. El pequeño Cascanueces estaba afuera, la espada ensangrentada en la mano derecha, una velita de cera en la izquierda. Tan pronto como vio a Marie, se arrodilló sobre una rodilla y habló así:

—¡Vos, oh Dama, sois la única que me templó con valor caballeresco y dio fuerza a mi brazo para combatir al soberbio que se atrevió a burlarse de Vos! ¡Vencido yace el traicionero Rey de los Ratones y se revuelca en su sangre! ¡Quered, oh Dama, no desdeñar aceptar los signos de la victoria de manos de vuestro caballero entregado a Vos hasta la muerte!

Con esto, el pequeño Cascanueces se quitó muy hábilmente las siete coronas de oro del Rey de los Ratones, que se había ensartado en el brazo izquierdo, y se las entregó a Marie, quien las aceptó llena de alegría. El Cascanueces se levantó y continuó así:

—Ay, mi excelentísima Demoiselle Stahlbaum, ¡qué cosas magníficas podría dejarle ver en este momento, ahora que he vencido a mi enemigo, si tuviera la bondad de seguirme unos pasitos! ¡Oh, hágalo, hágalo, mejor Demoiselle!

CAPÍTULO 12

EL REINO DE LAS MUÑECAS

Creo que ninguno de vosotros, niños, habría dudado ni un momento en seguir al honesto y bondadoso Cascanueces, que nunca podía tener nada malo en mente. Marie lo hizo tanto más cuanto que sabía bien cuánto derecho tenía a la gratitud del Cascanueces, y estaba convencida de que él cumpliría su palabra y le mostraría muchas cosas magníficas. Dijo por tanto:

—Voy con usted, señor Drosselmeier, pero no debe ser lejos y no debe durar mucho, ya que aún no he dormido nada.

—Elijo por eso —respondió el Cascanueces— el camino más cercano, aunque algo difícil.

Él caminó delante, Marie detrás de él, hasta que se detuvo ante el viejo y enorme armario ropero en el pasillo de la casa. Marie se dio cuenta con asombro de que las puertas de este armario, por lo demás bien cerrado, estaban abiertas, de modo que vio claramente el abrigo de viaje de piel de zorro del padre, que colgaba justo delante. El Cascanueces trepó muy hábilmente por los listones y

adornos para poder agarrar la gran borla que, sujeta a un cordón grueso, colgaba en la parte trasera de aquella piel. Tan pronto como el Cascanueces tiró fuerte de esta borla, bajó rápidamente una escalera muy delicada de madera de cedro a través de la manga de piel.

—Suba por favor, carísima Demoiselle —exclamó el Cascanueces.

Marie lo hizo, pero apenas había subido por la manga, apenas miró por el cuello hacia fuera, cuando una luz deslumbrante brilló ante ella, y de repente se encontró sobre un prado deliciosamente perfumado, del que irradiaban millones de chispas como piedras preciosas centelleantes.

—Nos encontramos en el Prado de Azúcar Cande —dijo el Cascanueces—, pero pasaremos enseguida por aquel portal.

Entonces Marie, al levantar la vista, se percató del hermoso portal que se alzaba solo unos pasos más adelante en el prado. Parecía estar construido enteramente de mármol jaspeado de blanco, marrón y color pasa, pero cuando Marie se acercó, vio bien que toda la masa consistía en almendras azucaradas y pasas horneadas juntas, por lo cual también, como aseguró el Cascanueces, el portal por el que ahora pasaban se llamaba el Portal de Almendras y Pasas. La gente común lo llamaba muy indecorosamente la Puerta de la Mezcla de Estudiantes. En una galería construida hacia fuera de este portal, evidentemente de azúcar de cebada, seis monitos vestidos con jubones rojos hacían la música de jenízaros más hermosa que se podía escuchar, de modo que Marie apenas notó que avanzaba más y más sobre coloridos prados de mármol, que sin embargo no eran otra cosa que dulces de gelatina bellamente trabajados.

Pronto la rodearon los aromas más dulces, que fluían de un maravilloso bosquecillo que se abría a ambos lados. En el follaje oscuro brillaba y centelleaba tan claro que se podía ver claramente cómo frutas doradas y plateadas colgaban de tallos coloreados, y el tronco y las ramas se habían adornado con cintas y ramos de flores, como alegres novios y divertidos invitados de boda. Y cuando los

aromas de naranja se movían como céfiros ondulantes, entonces susurraba en las ramas y hojas, y el oropel crujía y crepitaba, que sonaba como música jubilosa al son de la cual las lucecitas centelleantes debían saltar y bailar.

—Ay, qué bonito es aquí —exclamó Marie totalmente dichosa y encantada.

—Estamos en el Bosque de Navidad, mejor Demoiselle —dijo el pequeño Cascanueces.

—Ay —continuó Marie—, si pudiera quedarme aquí un poco, oh, es que aquí es demasiado bonito.

El Cascanueces aplaudió con las manitas e inmediatamente se acercaron algunos pequeños pastores y pastoras, cazadores y cazadoras, que eran tan delicados y blancos que se habría de creer que eran de puro azúcar y que Marie, a pesar de que paseaban por el bosque, aún no había notado. Trajeron un sillón encantador totalmente dorado, pusieron un cojín blanco de regaliz encima e invitaron a Marie muy cortésmente a sentarse. Apenas lo hubo hecho, pastores y pastoras bailaron un ballet muy gracioso, para el cual los cazadores tocaron muy educadamente, pero luego desaparecieron todos en los arbustos.

—Perdone —dijo el Cascanueces—, perdone, estimadísima Demoiselle Stahlbaum, que el baile saliera tan miserable, pero la gente era toda de nuestro ballet de alambre, que no pueden hacer otra cosa que siempre y eternamente lo mismo; y que los cazadores tocaran tan soñolientos y flojos, eso también tiene sus causas. La cesta de azúcar cuelga ciertamente sobre sus narices en los árboles de Navidad, ¡pero un poco alto! Pero, ¿no queremos pasear un poquito más?

—Ay, todo fue muy bonito y me ha gustado mucho —dijo Marie mientras se levantaba y seguía al Cascanueces que iba delante.

Caminaron a lo largo de un arroyo que susurraba y murmuraba dulcemente, del que parecían emanar todos los magníficos aromas que llenaban todo el bosque.

—Es el Arroyo de Naranja —dijo el Cascanueces al ser preguntado —, pero exceptuando su hermoso aroma, no se iguala en tamaño y belleza a la Corriente de Limonada, que al igual que él desemboca en el Lago de Leche de Almendras.

De hecho, Marie percibió pronto un chapoteo y rumor más fuertes y vio la ancha Corriente de Limonada, que se rizaba en orgullosas olas de color isabelino entre arbustos que brillaban como carbunclos verdes ardientes. Un frescor excepcionalmente vigorizante para el pecho y el corazón emanaba de la magnífica agua. No lejos de allí se arrastraba con dificultad un agua amarillo oscuro, que sin embargo esparcía aromas inusualmente dulces y en cuya orilla estaban sentados todo tipo de niños muy bonitos, que pescaban pequeños peces gordos y los comían al instante. Al acercarse, Marie notó que estos peces parecían avellanas. A cierta distancia había un pueblecito muy pulcro junto a esta corriente; casas, iglesia, casa parroquial, graneros, todo era marrón oscuro, pero adornado con techos dorados; también muchas paredes estaban pintadas de colores tan vivos como si hubieran pegado cidra y almendras sobre ellas.

—Eso es Pfefferkuchheim (Hogar del Pan de Especias) —dijo el Cascanueces—, que está situado junto a la Corriente de Miel; vive gente muy guapa en él, pero están casi siempre malhumorados porque sufren mucho de dolor de muelas, por eso no vamos a entrar.

En ese momento Marie notó una pequeña ciudad que consistía en puras casas transparentes y coloridas, y era muy bonita de ver. El Cascanueces se dirigió directamente hacia ella, y entonces Marie oyó un alboroto loco y alegre y vio cómo mil personitas lindas examinaban y estaban a punto de descargar muchos carros muy cargados que paraban en el mercado. Pero lo que sacaban parecía papel teñido de colores y tabletas de chocolate.

—Estamos en Villa Bombón —dijo el Cascanueces—; acaba de llegar un envío del País del Papel y del Rey del Chocolate. Las pobres casas de bombón fueron amenazadas recientemente por el ejército

del Almirante de los Mosquitos, por eso recubren sus casas con los regalos del País del Papel y levantan fortificaciones con las piezas sólidas que les envió el Rey del Chocolate. Pero, mejor Demoiselle Stahlbaum, no queremos visitar todas las pequeñas ciudades y pueblos de este país... ¡a la capital, a la capital!

Rápidamente se apresuró el Cascanueces hacia adelante, y Marie llena de curiosidad tras él. No pasó mucho tiempo antes de que subiera un magnífico aroma de rosas y todo estuviera como bañado por un suave resplandor rosa. Marie notó que esto era el reflejo de un agua brillante de color rojo rosa, que chapoteaba y susurraba ante ellos en pequeñas olas de plata rosa como en tonos y melodías maravillosamente encantadores. En esta agua graciosa, que se extendía cada vez más como un gran lago, nadaban cisnes blanco plata muy magníficos con collares dorados, y cantaban compitiendo entre sí las canciones más bonitas, a lo cual pececitos de diamante se zambullían arriba y abajo en las aguas de rosa como en un baile alegre.

—Ay —exclamó Marie totalmente entusiasmada—, ay, este es el lago como el padrino Drosselmeier quiso hacerme una vez, de verdad, y yo misma soy la niña que mimará a los queridos cisnes.

El pequeño Cascanueces sonrió tan burlonamente como Marie nunca había notado en él, y dijo entonces:

—Algo así no puede lograrlo el tío jamás; mucho antes usted misma, querida Demoiselle Stahlbaum; pero no cavilemos sobre eso, sino naveguemos más bien a través del Lago de las Rosas hacia la capital.

CAPÍTULO 13

LA CAPITAL

El pequeño Cascanueces aplaudió de nuevo con las manitas; entonces el Lago de las Rosas comenzó a resonar más fuerte, las olas chapoteaban más alto, y Marie percibió cómo desde la distancia se acercaba un carro de concha formado de puras piedras preciosas de colores que centelleaban tan claro como el sol, tirado por dos delfines de escamas doradas. Doce pequeños moros encantadores con gorritos y delantales tejidos de plumas de colibrí brillantes saltaron a la orilla y llevaron primero a Marie, luego al Cascanueces, deslizándose suavemente sobre las olas, al carro, que enseguida se movió a través del lago.

¡Vaya, qué bonito fue eso, cuando Marie iba en el carro de concha, rodeada de aroma de rosas, bañada por olas de rosas! Los dos delfines de escamas doradas levantaban sus narices y lanzaban chorros de cristal muy alto en el aire, y al caer estos en arcos parpadeantes y centelleantes, era como si dos dulces y finas voces de plata cantaran: «¿Quién nada en el lago rosado? ¡El hada! ¡Mosquitos! bim bim, Pececitos, sim sim. ¡Cisnes! Schwa schwa,

¡Pájaro de oro! trará. Corrientes de olas, moveos, sonad, cantad, soplad, otead. Hadita, hadita viene llegando; olas de rosa, agitada, refrescad, bañad, ibañad hacia arriba, hacia arriba!».

Pero los doce pequeños moros, que habían saltado a la parte trasera del carro de concha, parecían tomarse verdaderamente a mal el canto de los chorros de agua, pues sacudían sus sombrillas tanto que las hojas de dátíl de las que estaban formadas crujían y crepitaban unas con otras, y al mismo tiempo pateaban con los pies un ritmo muy extraño y cantaban: «¡Clap y clip y clip y clap, arriba y abajo! El baile de los moros no debe callar; moveos peces, moveos cisnes, retumba carro de concha, retumba, iclap y clip y clip y clap y arriba y abajo!».

—Los moros son gente muy divertida —dijo el Cascanueces algo desconcertado—, pero me van a volver rebelde a todo el lago.

De hecho, pronto se desató un estruendo confuso de voces maravillosas que parecían nadar en el lago y en el aire, pero Marie no prestó atención a eso, sino que miró a las fragantes olas de rosa, de cada una de las cuales le sonreía un dulce y gracioso rostro de niña.

—Ay —exclamó alegremente mientras juntaba las manitas—, ¡ay, mire solo, querido señor Drosselmeier! Allí abajo está la princesa Pirlipat, que me sonríe tan maravillosamente dulce. ¡Ay, mire solo, querido señor Drosselmeier!

Pero el Cascanueces suspiró casi lastimeramente y dijo:

—Oh, mejor Demoiselle Stahlbaum, esa no es la princesa Pirlipat, esa es usted y siempre solo usted misma, siempre solo su propio rostro dulce que sonríe tan querido desde cada ola de rosa.

Entonces Marie retiró rápidamente la cabeza, cerró los ojos con fuerza y se avergonzó mucho. En el mismo momento fue levantada también por los doce moros fuera del carro de concha y llevada a tierra. Se encontraba en un pequeño bosquecillo que era casi aún más hermoso que el Bosque de Navidad, tanto brillaba y centelleaba todo en él; pero sobre todo eran de admirar las frutas extrañas que

colgaban de todos los árboles, y no solo estaban extrañamente coloreadas, sino que también olían maravillosamente.

—Estamos en la Arboleda de las Confituras —dijo el Cascanueces—, pero allí está la capital.

¡Qué vio Marie ahora! Cómo empezaré a describiros, niños, la belleza y magnificencia de la ciudad que se abría ahora ancha sobre una rica pradera de flores ante los ojos de Marie. No solo que murallas y torres resplandecían en los colores más magníficos, sino que, en lo que respecta a la forma de los edificios, no se podía encontrar nada similar en la tierra. Pues en lugar de los techos, las casas tenían puestas coronas trenzadas con delicadeza, y las torres se habían coronado con el follaje más delicado y colorido que se pueda ver. Cuando pasaron por el portal, que parecía estar construido de puros macarrones y frutas cubiertas de azúcar, soldados de plata presentaron armas y un hombrecillo en una bata de brocado se echó al cuello del Cascanueces con las palabras:

—Bienvenido, mejor príncipe, ¡bienvenido a Konfektburg!

Marie se asombró no poco cuando notó que el joven Drosselmeier era reconocido como príncipe por un hombre muy distinguido. Pero ahora oía tantas vocecitas alborotando juntas, tal griterío y risas, tal juego y canto, que no podía pensar en nada más, sino que preguntó enseguida al pequeño Cascanueces qué significaba eso.

—Oh, mejor Demoiselle Stahlbaum —respondió el Cascanueces—, eso no es nada especial; Konfektburg es una ciudad populosa y alegre, así pasa todos los días; pero venga usted más adelante, por favor.

Apenas habían caminado unos pasos cuando llegaron a la gran plaza del mercado, que ofrecía la vista más magnífica. Todas las casas alrededor eran de azúcar calado, torre sobre torre de galerías; en el centro había un alto pastel de árbol (Baumkuchen) cubierto de azúcar como obelisco y a su alrededor cuatro fuentes muy ingeniosas lanzaban horchata, limonada y otras magníficas bebidas dulces a los aires; y en el estanque se acumulaba pura crema, que a

uno le daban ganas de comer a cucharadas enseguida. Pero más bonito que todo eso eran las encantadoras personitas que se apretujaban por miles cabeza con cabeza, y gritaban de alegría y reían y bromeaban y cantaban; en resumen, elevaban ese alegre estruendo que Marie ya había oído a lo lejos. Allí había caballeros y damas bien vestidos, armenios y griegos, judíos y tirolese, oficiales y soldados, y predicadores y pastores y bufones; en resumen, toda la gente posible como se puede encontrar en el mundo.

En una esquina el tumulto se hizo mayor, la gente se apartó, pues justamente el Gran Mogol se hacía llevar en un palanquín, acompañado de noventa y tres grandes del reino y setecientos esclavos. Pero sucedió que en la otra esquina el gremio de pescadores, de unas quinientas cabezas de fuerza, celebraba su procesión, y fue malo también que el Gran Señor Turco tuviera justo la ocurrencia de pasear a caballo con tres mil jenízaros por el mercado, a lo cual se sumó además la gran procesión de la Fiesta del Sacrificio interrumpida, que con música sonante y el canto: «Arriba, agradeced al poderoso sol», se dirigía justamente hacia el pastel de árbol. ¡Aquello fue un empujar y golpear y ajeteo y chillidos! Pronto hubo también muchos gritos de lamento, pues un pescador le había tumbado la cabeza a un brahmán en el gentío y el Gran Mogol casi había sido atropellado por un bufón. Más y más loco se volvía el ruido y ya empezaban a empujarse y pegarse, cuando el hombre de la bata de brocado, que había saludado al Cascanueces como príncipe en el portal, trepó al pastel de árbol y, después de que una campana de sonido muy claro fuera tocada tres veces, gritó tres veces fuerte:

—¡Confitero! ¡Confitero! ¡Confitero!

Inmediatamente se calmó el tumulto, cada uno trató de arreglárselas como pudo, y después de que las procesiones enredadas se hubieran desenredado, el Gran Mogol ensuciado hubiera sido cepillado y al brahmán se le hubiera puesto la cabeza de nuevo, comenzó de nuevo el alegre estruendo anterior.

—¿Qué significa eso del Confitero, buen señor Drosselmeier? — preguntó Marie.

—Ay, mejor Demoiselle Stahlbaum —respondió el Cascanueces—, Confitero se llama aquí a un poder desconocido pero muy espantoso, del que se cree que puede hacer del hombre lo que quiera; es el destino que gobierna sobre este pequeño y alegre pueblo, y le temen tanto que con la mera mención del nombre se puede calmar el mayor tumulto, como acaba de demostrar el señor alcalde. Cada uno deja entonces de pensar en lo terrenal, en costillas golpeadas y chichones, y se mete en sí mismo y dice: «¿Qué es el hombre y qué puede ser de él?».

Marie no pudo contener un fuerte grito de admiración, sí, del mayor asombro, cuando ahora se encontró de repente ante un castillo con cien torres aéreas que brillaba con resplandor rojo rosa. Solo aquí y allá había ricos ramos de violetas, narcisos, tulipanes, alhelíes esparcidos sobre los muros, cuyos colores ardientes y oscuros solo realzaban la blancura deslumbrante del fondo que tiraba a rosa. La gran cúpula del edificio central, así como los techos piramidales de las torres, estaban sembrados con mil estrellitas centelleantes de oro y plata.

—Ahora estamos ante el Castillo de Mazapán —dijo el Cascanueces.

Marie estaba totalmente perdida en la visión del palacio mágico, pero no se le escapó que faltaba por completo el techo de una gran torre, el cual unos hombrecillos que estaban sobre un andamio construido de ramas de canela parecían querer restaurar. Aún antes de que ella preguntara al Cascanueces al respecto, este continuó:

—Hace poco tiempo amenazaba a este hermoso castillo una gran devastación, si no la ruina total. El gigante Goloso pasó por el camino, mordió rápidamente el techo de aquella torre y ya roía la gran cúpula; pero los ciudadanos del dulce le trajeron todo un barrio de la ciudad, así como una parte considerable de la Arboleda de las

Confituras como tributo, con lo cual se dejó saciar y siguió su camino.

En ese momento se dejó oír una música suave muy agradable, las puertas del castillo se abrieron y salieron doce pequeños pajes con tallos de clavo de olor encendidos, que llevaban como antorchas en las manitas. Sus cabezas consistían en una perla, los cuerpos en rubíes y esmeraldas, y además caminaban sobre piecitos muy bellamente trabajados de oro puro. Les seguían cuatro damas, casi tan grandes como la Clärchen de Marie, pero tan desmedidamente magníficas y brillantemente vestidas que Marie no desconoció en ellas ni un momento a las princesas natas. Abrazaron al Cascanueces de la manera más tierna y exclamaron con alegría melancólica:

—¡Oh, mi príncipe! ¡Mi mejor príncipe! ¡Oh, mi hermano!

El Cascanueces parecía muy conmovido; se secó las lágrimas muy frecuentes de los ojos, tomó luego a Marie de la mano y dijo patéticamente:

—¡Esta es la Demoiselle Marie Stahlbaum, la hija de un muy respetable Consejero Médico, y la salvadora de mi vida! Si no hubiera lanzado la zapatilla en el momento justo, si no me hubiera conseguido el sable del coronel pensionado, yacería yo en la tumba, destrozado a mordiscos por el maldito Rey de los Ratones. ¡Oh! ¿Se iguala Pirlipat, aunque sea una princesa nata, a esta Demoiselle Stahlbaum en belleza, bondad y virtud? ¡No, digo yo, no!

Todas las damas gritaron: «¡No!», y se echaron al cuello de Marie y gritaron sollozando:

—¡Oh, noble salvadora del amado hermano príncipe! ¡Excelente Demoiselle Stahlbaum!

Ahora las damas condujeron a Marie y al Cascanueces al interior del castillo, a un salón cuyas paredes consistían en puros cristales de colores centelleantes. Pero lo que sobre todo le gustó tanto a Marie fueron las encantadoras sillitas, mesas, cómodas, secretarios, etc., que estaban alrededor, y que estaban todas fabricadas de madera de cedro o de Brasil con flores doradas esparcidas encima. Las

princesas invitaron a Marie y al Cascanueces a sentarse, y dijeron que querían preparar ellas mismas una comida enseguida. Entonces trajeron una cantidad de ollitas y cuencos de la más fina porcelana japonesa, cucharas, cuchillos y tenedores, ralladores, cacerolas y otras necesidades de cocina de oro y plata. Luego trajeron las frutas y dulces más hermosos, como Marie nunca había visto, y comenzaron a exprimir las frutas de la manera más delicada con las manitas blancas como la nieve, a machacar las especias, a rallar las almendras azucaradas; en resumen, a trabajar de tal manera que Marie pudo ver bien lo bien que entendían las princesas de cocina y qué comida tan exquisita iba a resultar. En la viva sensación de entender ella misma también bastante bien de tales cosas, deseó secretamente poder estar activa ella misma en el negocio de las princesas. La más hermosa de las hermanas del Cascanueces, como si hubiera adivinado el deseo secreto de Marie, le tendió un pequeño mortero de oro con las palabras:

—Oh, dulce amiga, querida salvadora de mi hermano, ¡machacad una pequeñez de este azúcar cande!

Mientras Marie machacaba tan animada en el mortero, que sonaba muy gracioso y encantador, como una bonita cancioncita, el Cascanueces comenzó a contar muy detalladamente cómo había ido en la espantosa batalla entre su ejército y el del Rey de los Ratones, cómo había sido derrotado por la cobardía de sus tropas, cómo luego el abominable Rey de los Ratones había querido destrozarlo a mordiscos a toda costa, y Marie por eso había tenido que sacrificar a varios de sus súbditos que habían entrado a su servicio, etc. A Marie le pareció durante este relato como si sus palabras, e incluso sus propios golpes de mortero, sonaran cada vez más lejanos e inaudibles; pronto vio velos de plata como nubes de niebla fina ascender, en los que nadaban las princesas, los pajes, el Cascanueces, e incluso ella misma; se dejó oír un canto y zumbido y susurro extraño que se desvanecía como en la lejanía; ahora Marie se elevaba como sobre olas crecientes más y más alto, más y más alto, más y más alto...

CAPÍTULO 14

CONCLUSIÓN

¡Pr... puf sonó! Marie cayó desde una altura inmensa. ¡Eso fue una sacudida! Pero enseguida abrió los ojos; estaba acostada en su camita, era pleno día, y la madre estaba delante de ella, diciendo:

—Pero, ¡cómo se puede dormir tanto tiempo! ¡Hace rato que está el desayuno!

Te das cuenta bien, reunido y muy honorable público, de que Marie, totalmente aturdida por todas las cosas maravillosas que había visto, finalmente se había quedado dormida en el salón del Castillo de Mazapán, y que los moros, o los pajes, o incluso las propias princesas, la habían llevado a casa y acostado en la cama.

—Oh, madre, querida madre, a dónde me ha llevado el joven señor Drosselmeier esta noche, ¡cuántas cosas bonitas he visto!

Entonces contó todo casi tan exactamente como yo lo acabo de contar, y la madre la miró muy asombrada. Cuando Marie terminó, dijo la madre:

—Has tenido un sueño largo y muy bonito, querida Marie, pero quítate todo eso de la cabeza.

Marie insistió obstinadamente en que no había soñado, sino que lo había visto todo realmente; entonces la madre la llevó al armario de cristal, sacó al Cascanueces, que estaba como de costumbre en el tercer estante, y dijo:

—¿Cómo puedes creer tú, niña tonta, que esta muñeca de madera de Núremberg puede tener vida y movimiento?

—Pero, querida madre —interrumpió Marie—, yo sé muy bien que el pequeño Cascanueces es el joven señor Drosselmeier de Núremberg, el sobrino del padrino Drosselmeier.

Entonces ambos, el Consejero Médico y la Consejera Médica, estallaron en una carcajada sonora.

—Ay —continuó Marie casi llorando—, ahora te ríes incluso de mi Cascanueces, querido padre; y sin embargo habló muy bien de ti, pues cuando llegamos al Castillo de Mazapán y me presentó a sus hermanas, las princesas, dijo que tú eras un Consejero Médico muy respetable.

Aún más fuerte se hizo la risa, a la que también se unió Luise, e incluso Fritz. Entonces Marie corrió a la otra habitación, sacó rápidamente de su cajita las siete coronas del Rey de los Ratones y se las entregó a la madre con las palabras:

—Ahí mira, querida madre, esas son las siete coronas del Rey de los Ratones, que me entregó la noche pasada el joven señor Drosselmeier como señal de su victoria.

Llena de asombro contempló la Consejera Médica las pequeñas coronitas, que estaban trabajadas tan limpiamente de un metal totalmente desconocido pero muy centelleante, como si manos humanas no hubieran podido realizar eso imposiblemente. Tampoco el Consejero Médico podía hartarse de ver las coronitas, y ambos, padre y madre, instaron muy seriamente a Marie a confesar de dónde había sacado las coronitas. Pero ella solo podía mantenerse

en lo que había dicho, y cuando el padre la reprendió duramente e incluso la llamó pequeña mentirosa, empezó a llorar violentamente y se lamentó:

—Ay, yo pobre niña, yo pobre niña, ¡qué debo decir entonces!

En ese momento se abrió la puerta. El Consejero del Tribunal Superior entró y exclamó:

—¿Qué pasa ahí, qué pasa ahí? ¿Mi ahijada Marie llora y solloza? ¿Qué pasa ahí, qué pasa ahí?

El Consejero Médico le informó de todo lo sucedido, mostrándole las coronitas. Pero apenas el Consejero del Tribunal Superior las hubo visto, se rio y exclamó:

—Charla loca, charla loca; esas son las coronitas que yo llevaba hace años en la cadena de mi reloj y que le regalé a la pequeña Marie en su cumpleaños, cuando cumplió dos años. ¿Es que ya no lo sabéis?

Ni el Consejero Médico ni la Consejera Médica podían recordar eso, pero cuando Marie percibió que las caras de los padres se habían vuelto amables de nuevo, saltó hacia el padrino Drosselmeier y gritó:

—Ay, tú lo sabes todo, padrino Drosselmeier; di tú mismo que mi Cascanueces es tu sobrino, el joven señor Drosselmeier de Núremberg, ¡y que él me ha regalado las coronitas!

Pero el Consejero del Tribunal Superior puso una cara muy sombría y murmuró:

—Tonta y simple charla.

Entonces el Consejero Médico tomó a la pequeña Marie ante sí y dijo muy seriamente:

—Escucha, Marie, deja de una vez las imaginaciones y payasadas, y si vuelves a decir que el simple y deforme Cascanueces es el sobrino del señor Consejero, tiraré por la ventana no solo al

Cascanueces, sino también a todas tus demás muñecas, Mamsell Clärchen no excluida.

Ahora, por supuesto, la pobre Marie ya no podía hablar de aquello de lo que estaba lleno todo su ánimo, pues os podéis imaginar que uno no puede olvidar en absoluto cosas tan magníficas y hermosas como le sucedieron a Marie. Incluso —muy estimado lector u oyente Fritz—, incluso tu camarada Fritz Stahlbaum le daba la espalda a la hermana enseguida si ella quería contarle del reino maravilloso en el que había sido tan feliz. Se dice que incluso a veces murmuraba entre dientes: «¡Gansa simple!». Pero eso no puedo creerlo debido a su buen carácter probado por lo demás; pero es cierto que, dado que ahora ya no creía en nada de lo que Marie le contaba, pidió perdón formalmente a sus húsares en una parada pública por la injusticia que se les había hecho, les puso en lugar de las insignias perdidas penachos mucho más altos y hermosos de plumas de ganso, y les permitió también tocar de nuevo la marcha de los húsares de la guardia. ¡Bueno! ¡Nosotros sabemos mejor cómo estaba el valor de los húsares cuando recibieron manchas de las balas feas en los jubones rojos!

Marie ya no podía hablar de su aventura, pero las imágenes de aquel maravilloso reino de hadas la rodeaban en un susurro dulcemente ondulante y en sonidos graciosos y encantadores; veía todo de nuevo en cuanto fijaba su mente firmemente en ello, y así ocurría que, en lugar de jugar como de costumbre, podía quedarse sentada rígida y tranquila, profundamente ensimismada, por lo cual todos la regañaban llamándola pequeña soñadora.

Sucedió que el Consejero del Tribunal Superior estaba reparando un reloj en la casa del Consejero Médico; Marie estaba sentada junto al armario de cristal y miraba, sumida en sus sueños, al Cascanueces; entonces se le escapó como involuntariamente:

—Ay, querido señor Drosselmeier, si usted viviera realmente, yo no lo haría como la princesa Pirlipat y lo despreciaría porque, por mi causa, hubiera dejado de ser un joven apuesto.

En ese momento gritó el Consejero:

—Ji, ji, charla loca.

Pero en ese momento ocurrió también tal estallido y sacudida que Marie cayó desmayada de la silla. Cuando despertó de nuevo, la madre estaba ocupada con ella y dijo:

—Pero, ¿cómo puedes caerte de la silla, una niña tan grande? Aquí ha llegado el sobrino del señor Consejero de Núremberg; isé bien educada!

Ella levantó la vista; el Consejero se había puesto de nuevo su peluca de vidrio, se había puesto su levita amarilla y sonreía muy satisfecho, pero de la mano tenía a un joven ciertamente pequeño, pero muy bien formado. Como leche y sangre era su carita, llevaba una magnífica casaca roja con oro, medias y zapatos de seda blanca, tenía en la chorrera un ramo de flores encantador, estaba peinado y empolvado muy elegantemente, y por la espalda le colgaba una coleta excelente. El espadín a su lado parecía de puras joyas, tanto brillaba, y el sombrerito bajo el brazo tejido de copos de seda. Qué modales tan agradables poseía el joven lo demostró enseguida trayendo a Marie una cantidad de juguetes magníficos, pero sobre todo el mazapán más hermoso y las mismas figuras que el Rey de los Ratones había mordido, y a Fritz un sable maravilloso. En la mesa, el amable joven partió nueces para toda la compañía; las más duras no se le resistían; con la mano derecha se las metía en la boca, con la izquierda tiraba de la coleta... icrac!... ila nuez se deshacía en pedazos!

Marie se había puesto roja como la grana cuando vio al joven y amable hombre, y aún más roja se puso cuando, después de comer, el joven Drosselmeier la invitó a ir con él a la sala de estar junto al armario de cristal.

—Jugad bien juntos, niños; ahora que todos mis relojes andan bien, no tengo nada en contra —exclamó el Consejero.

Pero apenas estuvo el joven Drosselmeier a solas con Marie, se arrodilló sobre una rodilla y habló así:

—¡Oh, mi excelentísima Demoiselle Stahlbaum, vea aquí a sus pies al afortunado Drosselmeier, a quien en este lugar salvó usted la vida! Usted pronunció bondadosamente que no quería despreciarme como la desagradable princesa Pirlipat si me hubiera vuelto feo por su causa; al instante dejé de ser un despreciable Cascanueces y recuperaré mi anterior figura no desagradable. ¡Oh, excelente Demoiselle, hágame feliz con su valiosa mano, comparta conmigo reino y corona, reine conmigo en el Castillo de Mazapán, pues allí soy ahora rey!

Marie levantó al joven y dijo en voz baja:

—¡Querido señor Drosselmeier! Usted es una persona mansa y buena, y como además reina en un país encantador con gente muy guapa y alegre, ilo acepto como prometido!

Acto seguido, Marie se convirtió en la novia de Drosselmeier. Al cabo de un año, él la recogió, según se dice, en un carro de oro tirado por caballos de plata. En la boda bailaron veintidós mil de las figuras más brillantes adornadas con perlas y diamantes, y se dice que Marie es todavía hoy reina de un país en el que se pueden ver por todas partes bosques de Navidad centelleantes, castillos de mazapán transparentes; en resumen, las cosas más magníficas y maravillosas, si tan solo se tienen ojos para ello.